



PROPIETARIO-FUNDADOR:

D. JOSÉ LUIS ALBAREDA.

OFICINAS:

Calle Mayor, núm. 78, entresuelo.

DIRECTOR-GERENTE:

D. JULIÁN SETTIER.

* COLECCIÓN DE "EL CAMPO" DE 1887, VEINTE PESETAS. *

SUMARIO

El cultivo de las flores y la fabricación de perfumes.—Palabra de perro, por Eduardo de Palacio.—La vida de *sport* en Inglaterra (conclusión), por C. F.—Sangre cazadora (continua-

ción), por D. Enrique Pérez Escribá.—Los edredones, por C.—Ecos de Madrid: el principio del año; bailes y fiestas; tres generaciones; coro de ángeles; un gran novelista; D. José Casanovi; en la Legación de los Estados Unidos; libros nuevos; los teatros; noticias, por Kasabal.—Escenas de caza; las sepultu-

ras, por D. Pedro Manuel de Acuña.—¡Patria!, por D. E. Ferrer.—El trap-sooting, del *Sport* de la Habana.—Avisos,—Anuncios.

Grabados: Un ladrón defendiendo la propiedad (del *Almanaque de caza* de EL CAMPO.—Una cacería de búfalos.



UN LADRÓN DEFENDIENDO LA PROPIEDAD.

EL CULTIVO DE LAS FLORES

Y LA FABRICACION DE PERFUMES.

I.

Hace cerca de un siglo que el cultivo de las flores en grande escala y la fabricación de perfumes y esencias han formado una industria especial y lucrativa en el Mediodía de Francia. La fabricación se lleva á cabo principalmente en el distrito de Grasse, departamento de los Alpes marítimos; pero también se ejerce en mayor ó menor escala en Sommieres, Nimes, Nyons y Seillans. Las flores que se cultivan principalmente son la violeta, el junquillo, la reseda, que por lo general se cortan en Febrero, Marzo y Abril, aunque en los inviernos templados las violetas empiezan á florecer en Diciembre; las rosas y el azahar, con el tomillo y el romero, en Mayo y Junio; los jazmines y tuberosas, en Julio y Agosto; la alhucema y el nardo, en Septiembre, y la acacia, en Octubre y Noviembre. Se ve, pues, que la cosecha de las flores cubre las tres cuartas partes del año, pero la estación de más actividad es Mayo y Junio, cuando se recogen las rosas y el azahar. El tomillo, romero y la alhucema se cuentan entre los productos de poca entidad, que cultivan los labradores en pequeña escala, quienes tienen en sus haciendas un aparato muy simple para destilar las flores, y producen una clase de esencias más ó menos inferior, la cual se emplea para mezclar y adulterar las esencias superiores producidas en los grandes establecimientos montados en las ciudades y pueblos arriba mencionados.

Ocupándose el Cónsul inglés en Marsella, en su reciente Memoria, sobre el cultivo de flores en el Sud de Francia, dice: «que las condiciones del éxito industrial en este ramo pueden ser estudiadas mejor por un ejemplo específico»; y al efecto describe el caso de una plantación en Seillans, departamento del Var. La hacienda tiene poco más de nueve hectáreas y está situada en la vertiente meridional de las colinas, como unos 2.000 pies sobre el nivel del Mediterráneo y á una distancia de 32 kilómetros de la costa. El terreno, calcáreo, era originalmente pobre, y los olivos que crecieron en él durante un siglo ó más antes de 1881 daban muy poco rendimiento.

La superficie era tan inclinada, que las aguas de un manantial que cae de las rocas y que se hallan encima del sendero, no podían ser utilizadas perfectamente para la irrigación, y la tierra se consideraba prácticamente sin valor alguno. En 1881, el propietario resolvió arrancar los olivos y preparó el terreno para el cultivo de flores, cavándolo en primer lugar hasta una profundidad de cuatro pies, removiendo las piedras y levantando con ellas muros para sostener las esplanadas en que la superficie se dividió. En el lado superior de cada esplanada se formó una acequia ó zanja, con otras transversales, para conducir las aguas destinadas á regar las diferentes esplanadas.

La desigualdad de la pendiente se demuestra con el hecho de que en un espacio de poco más de siete hectáreas, los muros levantados para contener las diferentes esplanadas miden más de 2.000 metros de extensión.

Las esplanadas preparadas de este modo dan como siete hectáreas de tierra preparada para la plantación. En el otoño de 1881 se plantaron 45.000 violetas y 140.000 jazmines blancos. En la primavera siguiente el resto del terreno recibió rosales, geranios, jacintos y junquillos, y se levantó un laboratorio para la destilación de los perfumes.

La posición resultó bien escogida, pues las flores crecieron vigorosas, y en 1885, al cuarto año de la instalación, este terreno, que había dado antes un rendimiento de 575 pesetas al año, produjo perfumes del valor de 215.750 pesetas, dando un beneficio neto de 38.825 pesetas. Esto es más que suficiente para demostrar la utilidad que puede sacarse del cultivo de las flores en terrenos favorables y bajo una buena dirección.

II.

De las observaciones hechas en Seillans y en el distrito de Grasse, donde las flores para los perfumes forman la principal industria, resulta que la condición esencial parece ser una altitud de 500 á 2.000 pies. Las flores que crecen en estos terrenos elevados se consideran más ricas en perfumes que las que se cultivan en los valles y terrenos bajos: un suelo rico en elementos calcáreos, una situación al abrigo de los vientos del Norte y que no esté expuesta á las heladas que en la primavera y el otoño afectan los campos situados en distritos bajos, son el complemento de lo que se requiere para el buen éxito de la empresa. En los países como el Sur de Francia, donde la lluvia es siempre escasa, y con frecuencia no hay ninguna entre los meses de Mayo y Septiembre, la irrigación es muy esencial para la floricultura. Se dice que los cultivadores y destiladores de la costa del Mediterráneo atribuyen el éxito de sus empresas no menos al clima peculiar de la Provenza que á los conocimientos de todos los detalles de la industria, adquiridos por más de un siglo de experiencia y transmitidos de generación en gene-

ración. En el cultivo de los perfumes se nota un principio esencial, y es que no se usan las diferentes variedades de flores que los jardineros han mejorado, sino que se cultivan solamente las flores naturales y primitivas.

Las rosas en las laderas del distrito de Seillans son las ordinarias que dan nombre al color de rosa, y la violeta simple silvestre es preferida á todas las variedades más grandes desarrolladas artificialmente. Se cultiva únicamente el jazmín blanco, y no el amarillo ni las diferentes clases menos fragantes. Las plantas de jazmín se colocan en hileras á distancia de 10 pulgadas unas de otras, y se las poda mucho. Los rosales se plantan en las esplanadas más bajas, y también se les poda bastante. El suelo entre las plantas contiene mucho abono. Después que se han cogido las rosas, el rosal se corta, dejando solamente unas cuantas pulgadas fuera del suelo, á fin de que tenga todo el vigor en la temporada siguiente. Mientras dura la estación de recoger las flores, hay comisionistas que recorren las haciendas todos los días con vagonetas, comprando flores, por las que pagan precios en relación á la extensión de la cosecha y á la demanda del mercado. Las carradas se llevan sin demora á la fábrica más cercana y se entregan cuando las flores están frescas. Las flores se cortan generalmente por la mañana, tan pronto como ha desaparecido de ellas el rocío de la noche anterior. La fabricación de los perfumes comprende también la preparación de pomadas y aceites por el procedimiento de absorción, y de esencias y aceites esenciales por medio de la destilación. Todo establecimiento completo está provisto con aparatos para todos estos procedimientos. Las pomadas son los vehículos para absorber y transportar los perfumes del junquillo, tuberosa, jazmín y otras especies de flores. Se procede montando un cristal de 20 por 30 pulgadas de superficie en un bastidor de madera. Sobre uno y otro lado del cristal se extiende por igual una capa de grasa compuesta de dos partes de manteca de cerdo y una de sebo, que ha sido purificada y refinada con anticipación. Los bastidores así preparados se colocan los unos sobre los otros formando pilas de seis á siete pies de altura, hasta que llega la estación propia para cada flor. Entonces se cortan las flores, se separan y se colocan de modo que cubran la grasa de cada bastidor. Estos se apilan de nuevo de modo que descansen sobre los marcos, que se ajustan perfectamente, formando una especie de compartimientos cerrados con suelo y techo cubiertos de grasa, expuesta al perfume de las hojas de las flores.

La grasa absorbe el perfume, y cada día se renuevan las flores con las nuevamente cortadas, procedimiento que se continúa de dos á cuatro ó cinco meses, según la fuerza que se desea dar á la pomada, la cual, una vez cargada de perfume suficiente, se retira del cristal con una espátula y se coloca en botes de lata ó de barro para la exportación. Por este método se extraen los delicados perfumes de las flores y se retienen para ser transportados á distantes mercados, donde la grasa, después de ser tratada con alcohol, le rinde á éste el perfume para producir después las aguas florales y los extractos que emplea el comercio. Las pomadas ordinarias se hacen hirviendo las flores en grasa y sometiendo el residuo á presión. Los residuos de las pomadas se emplean para el tocador y en las fabricaciones de jabones finos. El procedimiento para preparar aceites perfumados envuelve el mismo principio, con la excepción de que en vez de grasa sólida se emplea el aceite de oliva superfino. Se saturan con el aceite pedazos de tela de algodón, que se extienden después sobre enrejado de alambre puestos en bastidores de tres pies de anchura por cuatro de extensión. Las flores se colocan sobre la tela saturada y los bastidores se apilan unos sobre los otros, de modo que el perfume de las flores se absorbe como en el procedimiento anterior. Las esencias y perfumes pueden ser producidos por medio de la destilación ordinaria, en la cual las flores se hierven en agua en grandes alambiques: el vapor transporta el perfume y se condensa en receptáculos de cobre. Algunas de las retortas que se emplean para este propósito pueden recibir de una vez media tonelada de flores frescas con el agua necesaria para la destilación. Cuando deben producirse esencias, se emplea el alcohol en el receptáculo destilador para recibir los perfumes.

Combinando con arte los perfumes de diferentes flores, agregando algunas veces productos químicos, puede producirse una gran variedad de esencias, como *patchoule*, *jockey club*, etc. El trabajo en las fábricas se hace generalmente por mujeres, que ganan de una peseta á cinco reales por un día de labor de diez horas, y durante la estación de las rosas y del azahar, ganan medio jornal más trabajando hasta la media noche, ó aun más tarde.



PALABRA DE PERRO

POR EDUARDO DE PALACIO.

Y no extrañen ustedes este epígrafe, porque yo me enorgullezco de conocer á los perros, sé que tienen palabra de caballeros como pocas personas, y cuando ellos prometen ó se proponen algo, lo realizan, aunque sea á costa de su pellejo.

El perro es un animal desconocido moralmente. Vale muchísimo más de lo que suponen los hombres.

Es decir, los hombres no aficionados á la caza. Para los cazadores, los perros tienen valor inapreciable, porque los conocen, los estudian y los comprenden.

He presenciado un hecho que demuestra la palabra de perro.

Una palabra cumplida heroicamente.

Este era un perro, que tenía una perra, esto es, una esposa accidental: su vecina.

En su casa y en los círculos de sus relaciones, era conocido por el nombre de *Fausto*.

Fruto del matrimonio concertado y llevado á cabo por los señoritos de la *Linda* (nombre de la «señora») y por los amos de *Fausto*, fueron tres nenes de su clase de perro.

Los señores y protectores de *Linda* se reservaron dos perrillos, y el otro, después de amamantado por su cariñosa madre y educado en las primeras letras, como quien dice ó como quien ladra, pasó á poder de los dueños del padre.

Este reconoció á su hijo previa la presentación, y hubo una escena paterno-perruna que conmovió á los circunstantes.

Los amos de la perra madre decían con altivez á los amigos de la casa:

—¡Qué perra! ¡al cabo de sus años y de sus servicios da á luz tres varones!

Crecieron los tres chiquillos, y de cuando en cuando se veían los tres hermanos, y los padres se recreaban con su prole.

La madre solía recomendar á su esposo celo incansable y esmero en la conservación y educación del chiquitín que vivía á su lado.

Las madres son más previsoras que los padres, y parece que adivinan ó presienten los peligros.

—El hombre es el peor enemigo del perro—decía á medio ladrido á su esposo;—nos mima cuando somos útiles; cuando no, le parecemos indiferentes. ¡Si yo pudiera infundir en mis hijos la experiencia que he alcanzado viviendo como una perra!

El padre se enternecía, simulaba un *jipío flamenco*, movía el rabo, y en sus ojos asomaban dos lágrimas tamañas como dos almejas.

—No olvidaré tus consejos—gruñía cariñoso al oído de su señora.

Un mes contaría ó le contarían al pequeño que vivía con su padre, porque él aún no se hallaba fuerte en aritmética, cuando ocurrió en la casa un accidente funesto.

El aguador es una personalidad honrada.

La tradición lo asegura.

Un aguador nunca abusa de la confianza de sus feligreses, digo, de sus parroquianos.

Lo mismo sirve el agua en la casa del senador ó del académico del reino, que la necesita, que en la del humilde jornalero.

Siempre respetuoso, siempre servicial, siempre afectuoso.

¡Ah, cuántas veces he pensado en que si la corporación fuese elevada á *estituto* oficial, sería el modelo de otras muchas!

Pero no suelen ir parejas las intenciones con los medios, ni hay hombres ni corporaciones completos, es decir, perfectos, que hay corporaciones más que completas, con exceso de personal.

El aguador, fino y aun delicado en su compor-

tamiento, es, físicamente, menos fino y correcto en sus formas.

Luego las necesidades del servicio le obligan á usar prendas y enseres toscos.

Para preservar sus pieses virginales de las influencias de la humedad constante en que vive cuando ejerce sus funciones públicas, usa zapatos, por ejemplo, como torpederos del último sistema.

Zapatos que infunden terror á los niños, á los perros y á los gatos y aun á las personas mayores.

El vulgo ha inventado un aforismo ofensivo y calumnioso para la clase de aguadores.

«Pisada de aguador es incurable» dicen las gentes.

En la casa de *Fausto*, ó donde habitaban el padre y su hijo, entraba á diario un joven aguador, robusto é ininteligente.

Modelo de honradez era Pedro, ó *Pedru*, propiamente dicho.

La cocinera le encontraba hasta gracioso, y él decía chistes de La fontaine de Pontejos á la cocinera.

Alguna vez, distraído en tan agradable coloquio, variaba la puntería y derramaba parte del agua en el suelo.

Entonces la hermosa *Vénus* en su propia tinta, se indignaba y se atrevía á llamar la atención del Neptuno de cuba, gritándole:

—¡Bruto! mira lo que haces.

Él sonreía benévolo, y re..... plicaba:

—Son causas los niervos.

Y soltaba una carcajada.

Ocurrió en uno de los días en que el apreciable *Pedru* entró en la casa, que en el pasillo que había para llegar á la cocina, y en un trozo nada claro, se hallase el inocente hijo de *Fausto* y *Linda*.

Pedru no le vió.

Así lo dijo y juró lealmente, y no era capaz de mentir.

Y como había de posar un pie en el suelo, le posó en el cuerpo del perrillo.

Éste exhaló un quejido tan agudo como si le hubieran roto la máquina.

—¿Qué diablus es estu?—preguntó *Pedru*, mientras el animal continuaba chillando.

—¡Ay! ¡el perro!—exclamó la cocinera, corriendo á recoger al pequeñuelo.—¡Le has reventado, animal!

Efectivamente: aquel no era un perro, era una tortilla canina.

Momentos después exhalaba el postrer gemido la criatura.

Pero *Fausto* no había perdido pormenor.

Conoció su desgracia y conoció al causante de ella.

La cocinera, temerosa de los extremos amenazadores del perro padre, que ahullaba y gruñía á un tiempo y enseñaba al asesino la hermosa dentadura, dejó el cadáver en el suelo.

Pedru quedó petrificado.

—¡Qué dirán los señores!—pensó al tiempo mismo que lo decía la cocinera.

Fausto, entretanto, lamía y acariciaba, con transportes de dolor, el cuerpo inanimado de su hijo, como si quisiera volverle á la vida.

Cuando *Pedru* salió de la cocina, y después de la casa, *Fausto* gruñó mirándole, hasta que cerró la puerta el delincuente honrado.

En aquel momento había luchado horriblemente.

Dudó, pero era indudable que, formada su resolución, cumpliría su venganza.

—Pedro vendrá mañana—se diría—y yo.....

Pedro volvió al siguiente día.....

Pero, ¡cuál no fué su sorpresa cuando al llegar al pasillo, y en el sitio mismo en que algunas horas antes había consumado la tierna tortilla de

perro chiquito, sintió un dolor agudo en un tobillo, como si le traspasaran el hueso con tenazas de hierro candente!

El infeliz gritó y cayó con la isla de cuba y todo, «tan largo como era», que dice el vulgo.

Fausto había cumplido su venganza.

Pero sin murmurar una frase injuriosa, sin pronunciar palabra.

En seguida se retiró á un rincón del comedor.

En la casa hubo momentos de espanto.

Cuando se conoció lo ocurrido y se descubrió al autor del hecho, se condenó á *Fausto*.

—¡El perro está rabioso!—murmuró la señora.

Voz de mujer, voz de miedo..... voz elocuente.

Fausto presentaba todos los síntomas que presentan los perros á quienes las personas declaran hidrófobos aunque no lo estén.

Y *Fausto* fué ejecutado media hora después por un miembro del gremio de traperos nacionales, en las afueras de Madrid.

Pedru quedó cojo definitivo.

Cuando *Fausto* bajaba la escalera enternecido, arrastrado casi por el trapero que previamente le había amarrado el cuello con una cuerda de cáñamo fuerte, encontró á *Linda* al paso.

La infortunada esposa necesitó un esfuerzo sobre perruno para no caer rodando hasta la portería.

Fausto murmuró al pasar:

—*Linda*, he cumplido mi palabra: he velado por nuestro hijo.

—Separen ustedes á la perra—voceaban desde lo alto de la escalera—que *Fausto* está rabioso.

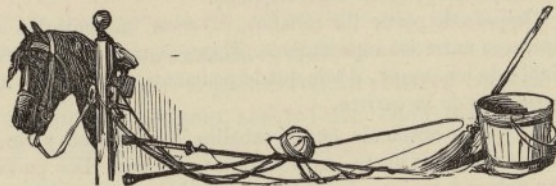
La criada, que acompañaba á *Linda* cuando ésta bajaba á sus quehaceres, la asió de una oreja y tiró para separar á los cónyuges.

—¡Infame y bestia!—gruñó *Fausto*.

Y luego, recordando aquello de Sellés, añadió:

«La dignidad del hogar
Va al matadero conmigo.»

EDUARDO DE PALACIO.



LA VIDA DE SPORT EN INGLATERRA.

El día amaneció hermoso; yo había bajado temprano á pasearme en el parque, y cuando me retiraba, vi que lord H. se dirigía hacia mí.

—¿No le molestará que le pida vayamos á escoger el caballo que ha de montar hoy?—me dijo.

—Tendré un gran gusto en visitar sus cuadras—le respondí,—y nos dirigimos hacia ellas.

Las cuadras formaban una larga línea con dos alas, que estaban destinadas, una á guarnición y otra á cochera. El patio, formado por estos edificios, era vasto, y un prado del más fino césped desplegaba sus curvas bien trazadas. Este prado, perfectamente cuidado, servía para el ejercicio natural de los caballos que en presencia del *groom* jefe, operaban así el trabajo necesario al entretenimiento de su buena condición.

En tiempo de heladas, á fin de que los caballos pudiesen continuar su trabajo, una pista circular de una milla, cubierta de una espesa capa de estiércol, trazada en un prado, permitía dar el galope al subirla y al bajarla.

Como se ve, todo esto, poco costoso, puesto que esta pista estaba formada del estiércol sacado de las cuadras, tenía el excelente objeto de mantener los caballos en buena condición de trabajo y evitar así los accidentes causados por una cacería un poco viva, después de un largo descanso.

Treinta *box* formaban la fachada de las cuadras, separados por una especie de alta torre cuadrada conteniendo los forrajes. En el centro un reloj para el servicio de los mozos de las cuadras.

Cada uno de los treinta *box* encerraba un magnífico animal, de amplias formas, de músculos salientes, pero á pesar de la energía que denotaban por su fina cabeza y jarretes secos y nerviosos, denotaban la sangre más pura.

Lord H. me mostró el doble *poney* que yo debía montar, habiéndome decidido por ser simple espectador del *hunt-*

steeple-chasse. Era un admirable animal bayo obscuro, comprado en Irlanda, aquel país de los buenos saltadores.

—He aquí el caballo que yo monto en el *steeple-chasse*—me dijo lord H., haciendo abrir la puerta del último *box*;—su nombre es *Borderer*, y ha hecho ya sus pruebas el año pasado.

Borderer era un caballo negro, pero de un negro tan vivo, brillante y satinado, que la luz se dividía allí en mil reflejos. Sus patas, de salientes tendones, parecían duras, negras y finas como el ébano. Al ver su profundo pecho, seguro indicio de la potencia de sus pulmones, se adivinaba que aquel magnífico animal podía hacer sin trabajo una carrera rápida y larga. En cuanto á su velocidad para poder saltar, debía ser prodigiosa, á juzgar por la inclinación de sus brazos y fuerza de sus miembros.

Tal era *Borderer*, uno de los campeones del *hunt-steeple-chasse* de Lubenhain.

La instalación de los *box* era la misma para todos los caballos de caza.

La de *Borderer*, que pude examinar detalladamente, era de unos 20 pies cuadrados.

Los muros estaban hasta la mitad cubiertos de encina, encerados, brillantes, y la otra mitad cubierta de estuco blanco.

El suelo era de ladrillos, de una masa muy fina, perfectamente cuidados con aceite que se echaba moderadamente y desaparecía por completo bajo una espesa cama de paja dorada. Dos ventanas, una al Mediodía, otra al Norte, con persianas y transparentes, aireaban ó calentaban aquella cuadra, cuyo pesebre, de madera de encina y de hierro bruñido, estaba siempre abundantemente provisto de avena mezclada con habas y olorífico heno.

A la izquierda de las cuadras, y en un cuerpo de edificio paralelo al que servía de habitación á los *grooms*, se encontraban las cocheras y cuadras de los caballos de tiro.

En las primeras vi un eal, un faetón, un cupé de viaje, varios *breaks* y el *mail-coach*, ya preparado para conducir á los espectadores y campeones de las carreras de Lubenhain.

En las cuadras había seis pares de caballos de tiro, de una anchura de formas que no excluía la elegancia ni la distinción de las razas.

Casi todos estos caballos se habían criado en las tierras de lord H. en Yorkshire. En una de las extremidades de aquella cuadra, cuatro *box* contenían *hacks*, *poneys*, caballos de pequeña alzada que hacían 20 millas sin tomar el paso, y cuyos movimientos, dulces y regulares, permitían seguir una conversación tan fácilmente como sentado al lado de una chimenea ó acostado en un buen sillón.

—Pero—dijo lord H. mirando el reloj—ya son las diez, y apenas me queda tiempo para enseñarle la perrera.

Algunos instantes después llegábamos á la parte baja de una pequeña eminencia, sobre la que se había construido la perrera.

Era una colonia tapizada del más fino césped y llena de macizos y canastillos, que en verano debían dar á aquella parte del *cottage* el más precioso aspecto.

Lord H. me hizo observar que se había elegido convenientemente aquel sitio, pues las perreras deben estar situadas en sitio elevado, seco y expuesto al sol saliente. En el caso contrario, con los calores la temperatura sería insoportable, y el aire, al corromperse, haría nacer todas las enfermedades á que está sujeta la raza canina.

Una corriente de agua clara y bordeada por dos orillas de cemento, atravesaba la perrera. Esta es una de las mejores condiciones de salubridad para los perros, y un punto de inmensa importancia para su higiene. La perrera se dividía en tres edificios ó tres salas bajas en un mismo cuerpo: cada uno de éstos tenía un patio independiente; de esta manera era posible, cuando se presentaba el caso, de separar los perros atacados de enfermedades contagiosas y heridos.

A unos cien metros, sombreada por inmensos árboles verdes, oculto en el centro de un macizo de plantas, vi otra perrera, de pequeña dimensión, que atravesaba también el riachuelo.

Aquella era para las perras que venían en la primavera á pasar allí sus calores, que necesitaban una severa reclusión. Todas aquellas construcciones estaban dispuestas con el cuidado más perfecto. Jack Dickson, el *huntsman*, el jefe de toda aquella población canina, recibió nuestras felicitaciones.

Aquel día era de caza para los *hauvers* de lord H., y las veinte parejas de perros estaban prontas para salir, pues la presencia del amo no era de una necesidad absoluta para que se verificase la cacería.

Asistimos á la partida de la trailla, y pude entonces examinar la construcción y disposición interior de las perreras.

Una pieza estaba reservada para las comidas de los huéspedes; en otra, junto á la primera, y que servía de cocina, se veían colgados de las paredes los utensilios de cobre brillante. Los patios estaban en pendiente, y de esta manera era fácil mantenerlos limpios. Observé que todas las puertas se abrían para afuera; así los perros, al precipitarse, no corrían peligro de lastimarse.

El suelo, en lugar de ser de baldosas frías que engendra-

sen los reumatismos á los perros, estaba cubierto de tablas, debajo de las que había una capa de polvo de carbón para preservar de la humedad. Las paredes blanqueadas, muy bien cuidadas, y los bancos de encina colocados á 10 pulgadas del suelo, estaban allí sujetos.

Sobre las tablas había una cama de paja de cebada, renovada todos los días para lavar los bancos, los que podían levantarse á lo largo de las paredes por medio de bisagras.

Unos tubos, formando una cruz á 10 pies de altura, mantenían una temperatura dulce en el interior de la perrera, y una gran chimenea con una rejilla espesa permitía, cuando los perros volvían de una larga caza, soportando todo el día lluvias glaciales de Diciembre, secarse y restablecer la circulación de la sangre en sus fatigados miembros. Después, cuando estaban secos, uno de los mozos (*uhips*) procedía á darles un frote que no dejaba señales ningunas de las manchas del barro glacial de Leicestershire.

Todo en la preparación de aquella perrera, desde los cubos, cuyos brillantes hierros resplandecían de limpieza, hasta los collares y utensilios de todas clases, eran sencillos y elegantes. Todo estaba allí establecido para el *confort* de los animales y el buen cuidado de su salud, necesaria para los placeres del amo.

Lord H. me había hecho, pues, visitar las dependencias del *cottage* en los menores detalles.

Nos volvíamos por el camino que habíamos tomado para ir á la perrera, y al acercarnos á las cuadras, lord H. me anunció iba á partir, rogándome que lo excusase. Deseaba visitar á pie el terreno de las carreras, y en cuanto á mí, tendría un sitio en el *mail-coach* y llevarían á mano mi caballo hasta Lubenhain, donde quedaría á mi disposición. Cuando llegamos al patio de las cuadras, el factón en el que lord H. debía ir al *steeple-chasse*, salía de una de las cocheras.

Es imposible describir la elegancia y ligereza de aquel delicioso carruaje, azul oscuro, con filetes rojos, no menos que el conjunto de su hermoso tiro, compuesto de dos caballos bayo oscuros, de mediana alzada. Todo era correcto, y, preciso es decirlo, casi artístico; todo, hasta los dos pequeños *grooms*, de una semejanza perfecta, dos gemelos, hijos del primer cochero de lord H., que montaron ligeramente en el sitio de detrás.

Mientras yo me entregaba á la contemplación de aquel delicioso tren, lord H. había ido á ponerse su vestido de *gentlemen-jockey*.

Pronto volvió, y bajo su largo gabán claro apercibí su casaca cereza; me dió la mano, subió al factón, y en seguida, al trote cadencioso, cubriendo de espuma los ligeros bocados de los caballos, desapareció aquel brillante tren en las profundidades del parque.

Me reuní á mi amigo Stag y demás *gentlemen* en el *cottage*, almorzamos y después comenzaron las discusiones. Se habló del favorito *Herod*, caballo que pertenecía á un propietario vecino, que se había hecho notar en la caza en la precedente estación, y había ganado varias carreras en aquel mes. Se apostó, y luego montamos en el *mail*, que partió al trote largo de sus cuatro Norfolk, dirigidos por un primo de lord H.

Era un hermoso día de Octubre; los prados estaban aún húmedos del rocío de la noche; una ligera brisa se llevaba las últimas hojas de las vallas; el *chiff-chaff* (pájaro de las vallas), jugaba los primeros rayos de aquel sol de otoño, y los gordos carneros del Leicestershire, de colgantes lanas, abandonaban su comida matinal para venir á ver pasar por las barreras el *mail*.

Atravesamos por medio á Foxton, pequeño pueblo situado en un valle profundo formado por verdes colinas; después descubrimos el terreno de las carreras, ya cubierto de carruajes, caballos y peatones.

Aquel terreno estaba situado en la posición más propia para una carrera de obstáculos, y ningún salto podía escapar á la vista de los espectadores. Era una ancha meseta casi circular, cuyas pendientes, muy inclinadas, conducían al río, que los caballos debían saltar; después, describiendo un arco en el prado y franqueando varios obstáculos, remontaban otra pendiente, pasando de nuevo el río y volviendo al punto de salida para volver á comenzar una segunda vez el primer recorrido.

El *groom* que salió con el doble *poney* que lord H. había puesto á mi disposición, esperaba á la entrada del terreno de las carreras.

Mi amigo Stag había hecho venir uno de sus *hacks*; montamos á caballo y pudimos visitar sucesivamente todos los obstáculos.

He visto muchos *steeple-chasses*, pero en mi vida olvidaré los obstáculos que aquel día habían escogido los *gentlemen-ruiders* para hacer brillar su valiente destreza.

La distancia que había que recorrer era de unos 2.000 metros. El primer obstáculo era un enorme *bull-jinch*. Ya he hablado de estas vallas de espigas negras, altas, espesas, casi inextricables, que caballos y jinetes debían saltar. Era un obstáculo para hacer desistir á los miedosos y de poco ánimo. El segundo y el tercero eran dos vallas de cuatro pies ingleses, con un foso en cada lado. El cuarto, un muro

de ladrillos que servía de cerca á un jardín dependiente de una granja vecina. El quinto, otro *bull-jinch*. El sexto, una barrera fija. El séptimo era lo que se llama un doble *post and rail*. Este obstáculo se componía de dos barreras fijas muy sólidas, de tres y medio pies de alto, distantes una de otra unos ocho pies, y estos ocho pies, ocupados por una espesa valla. De cada lado de las vallas se encontraba un foso de tres pies de ancho; de suerte, que el caballo, en aquel enorme salto, debía cubrir lo menos 18 pies. Así más de uno habría que renunciar ó caer. El octavo era un doble foso poco ancho. El noveno un *bauk* (banqueta de tierra entre dos fosos).

Después se llegaba al campo que, descendiendo en rápida pendiente, conducía al río, que formaba el décimo obstáculo. Este río, ancho de 14 pies y profundo, formaba uno de los límites del campo, y á fin de que las vacas y carneros que pastaban en el campo vecino no pudiesen en los días de verano, cuando las aguas estaban bajas, salirse de su cercado, una barrera de dos y medio pies de alta precedía al río; pero esta barrera, en lugar de estar inclinada del lado del salto, lo que le hubiera facilitado, estaba inclinada al lado contrario.

Después de aquella enorme anchura que saltar, la pista volvía, y los caballos venían á saltar dos vallas y otra vez el río. El décimocuarto obstáculo se encontraba colocado en lo alto de la pendiente, que volvía á llevar al punto de partida. Eran dos vallas, entre las que pasaba un camino vecinal.

Un cuarto de milla ofrecía, en fin, un plano lleno de césped, llevando en línea recta al poste de llegada, lo que permitía á los caballos desplegar toda su velocidad y á los jinetes toda su maestría.

Estos obstáculos se pasaban todos dos veces, á excepción del río que se saltaba dos veces á cada vuelta.

Stag y yo volvimos al sitio donde debía darse la señal de salida, y pude allí ver á *Herod*, el favorito del *steeple-chase*.

Era un admirable caballo alazán de tan excelente condición, que parecía se veía circular la sangre en sus venas bajo su fina piel sedosa y brillante de mil reflejos dorados.

Numerosos carruajes y caballos llegaban de todos los puntos.

El sol brillante, el aire vivo y puro, sin ser frío, avivaba las figuras de las señoras que pasaban dirigiéndose á aquel espectáculo, cuyas peripecias debían ser tan llenas de emociones para ellas, porque casi todas tenían allí un hermano, un marido ó un amigo que iba á arriesgar su vida. Y el que hubiera estado poco al corriente de aquellas costumbres inglesas, se habría preguntado qué enorme apuesta podía hasta cierto punto, hacer comprender aquella loca intrepidez.

En fin, una bandera se levanta en el aire: era la señal de partir.

Los caballos, en número de 30, partieron, haciendo resonar la pradera con su sonoro galope.

Después de partir los caballos, diversos movimientos se operaron entre los espectadores. Nosotros nos dirigimos al límite de un campo, desde donde podíamos seguir todas las peripecias de la carrera.

Al primer obstáculo, cuatro caballos lo rehusaron y cinco rodaron con sus jinetes en el foso lleno de agua. Dos pudieron volver á montar á caballo y continuar la carrera; los otros tres quedaron diez minutos sin poder desembarazarse de las zarzas que los retenían, teniendo agua hasta la cintura.



Poco después, los veintiuno que quedaban corriendo desaparecieron detrás de un grupo de árboles, divididos en dos pelotones. En el primero vi á *Herod* á la cabeza, y á corta distancia de él la casaca cereza de lord H., que moderaba los esfuerzos de *Borderer*.

En fin, un rumor general anunció que se veía á los *jockeys*. En la misma disposición que cuando desaparecieron detrás de los árboles, aparecieron en el punto culminante de la pista; inclinados sobre la silla, llegaron á una valla y la saltaron. Después recorrieron con igual velocidad el espacio que separaba aquella valla del muro de ladrillo. Allí un caballo se salió, y al hacerlo, impidió el salto de otros dos que galopaban tras él. Los tres rehusaron obstinadamente; los otros habían pasado el obstáculo. En aquel momento *Borderer* se había acercado á *Herod* y llegaban con toda su velocidad al doble *post and rail*. Se vió de nuevo aparecer la cabeza de los caballos; después, en medio del ruido causado

por el crujir de las barreras de la valla estropeada por las caídas, los gritos de los *gentlemen* que llegaban buscando un sitio para saltar en aquel desorden, los dos lo pasaron juntos. Sólo once caballos los seguían.

Era una magnífica carrera; el entusiasmo era grande; los bravos resonaban de lo alto de los *mail-coachs*, de encima de los árboles, porque éstos se hallaban llenos de espectadores.

Stag y yo nos dirigimos entonces, á través de los campos, hacia el río, y llegamos allí cuando faltaba que recorrer la mitad á los caballos antes de pasar.

Herod y *Borderer* corrían siempre juntos, y rápidos como el pensamiento pasaron ante nosotros con increíble velocidad; diez metros apenas los separaban del obstáculo. Los *jockeys* se sentaron entonces en la silla, y lanzando un grito de caza, tenían á sus caballos entre sus rodillas nerviosas con energía casi convulsiva.

En el momento del salto, unos atacaron sus caballos con las espuelas, otros con el látigo. Después, el agua saltó por todos lados, y oyendo al público dar un sólo y formidable ¡hurra! vi á *Herod*, *Borderer* y otro caballo llamado *Governor* hacer aquel salto enorme y galopar ya del otro lado del río.

En cuanto á los otros, separados de sus *jockeys*, nadaban tratando de remontar las orillas; sus jinetes se agarraban á las hierbas, y los espectadores, tendiéndoles las manos, les ayudaban á salir de su desagradable posición. Cubiertos de fango y de agua, lograron coger su montura, y animados de nueva esperanza, volvieron á partir, esperando que la caída de los dos favoritos les haría tomar el primer lugar.

Tres caballos, de treinta, tenían solos la probabilidad de completar la carrera, y una lucha seria, sobre la que se dirigía la atención de miles de espectadores, se empeñó firme, valiente y sabia.

Volvieron á pasar delante del poste de salida. *Herod* á la cabeza, *Borderer* visiblemente contenido y, en fin, *Governor*, que trataba de ganar distancia.

Cuando volvieron por segunda vez á abordar el río, llegaron de frente; á partir de aquel obstáculo era cuando la carrera iba, per decirlo así, á decidirse.

Como la primera vez, llegaron á toda velocidad. Un gran grito se elevó en los aires, grito de temor, de miedo, de los que apostaban por *Herod* y *Borderer*; de alegría, de entusiasmo, por los de *Governor*, que sólo había saltado y se alejaba rápidamente. *Herod* rehusaba el salto obstinadamente. *Borderer*, llegado á un sitio en que los caballos, cuando al primer salto, al salir del agua, habían provocado un hundimiento de terreno, se metió hasta los jarretes, y á pesar de un salto prodigioso, el bravo animal no llegó á la otra orilla sino con sus pies de delante, cayendo al río.

En el momento en que por un animoso esfuerzo salía de allí con su jinete, *Herod*, dirigido con notable energía, saltaba, y los dos, juntos también, continuaron la carrera.

En cuanto á *Governor*, viéndose solo, empezó á defenderse ante una pequeña valla, hasta la llegada de los otros dos caballos, y cuando éstos la saltaron, los siguió de nuevo.

Nos dirigimos entonces á buen galope hacia el poste de llegada. Cuando llegamos, los caballos abordaban el último obstáculo. En aquel momento vi al jinete de *Herod* dar un vigoroso latigazo al caballo, atacándolo al mismo tiempo con las espuelas, esperando levantar más seguramente su montura y ganar medio cuerpo exigiendo de ella un salto enorme.

Pero, sea que las fuerzas faltasen á aquel bravo animal, ó más bien que su jinete lo había incitado imprudentemente en aquel momento, cargó ciegamente la valla, se enredaron sus pies, y caballo y jinete rodaron juntos, mientras que lord H., más hábil, la saltaba dejándoles bien detrás. Después llegó solo, al ruido de los aplausos y hurras de entusiasmo y pasó delante del poste, no pudiendo aún contener el ímpetu de su carrera.

Governor, con la cabeza baja, sin aliento, se puso al paso después del salto del último obstáculo.

Después hubo otras carreras para los caballos de los granjeros, y más de uno, venido por la mañana de la granja volvió á recogerse por la noche en el *box* aristocrático de alguna cuadra señorial cuyo jefe había admirado las buenas disposiciones de *hunter* y lo había comprado.

Allí tuve nuevamente ocasión de confirmar mi fe en el pura sangre.

Nadie puede hoy negar la influencia inmediata que una cierta proporción de esa sangre preciosa ejerce sobre el armazón, sobre el corazón, sobre el moral de los individuos, cuando está transmitida por la combinación de las cruas.

Está irrecusablemente probado por la experiencia, que la pura sangre da á los caballos, cualesquiera que sean su origen, corazón y raza. Tomando por ejemplo el extremo, un caballo de arrastre de una especie esencialmente linfática y pesado, llegará, después de varias cruas, á heredar cierta proporción de formas, de fuerzas, de valor y belleza, cuando pueda contar entre sus antecesores aunque sólo sea un átomo de sangre de un caballo de carrera.

Entre nosotros, la mayoría ignora aún el verdadero objeto de las carreras llanas, creyendo que sólo es un espectácu-

lo, un juego de hipódromo, y el *steeple-chase* un ejercicio de Price, y muchos se burlan de ellas.

Algunos críticos hacen de la calificación de *sportsman* la de ridículo. No comprendiendo la utilidad real para todos, para el país, de esta institución, establecen sus sistemas y deducciones vacías de sentido; es preciso que se sepa que el caballo de carrera no es un caballo de lujo, sino de utilidad pública, puesto que el Estado lo compra para la remonta.

Si la carrera llana es la grande, la hermosa exposición del sistema, el *steeple-chase* es una de las buenas aplicaciones.

Que los que han tomado el partido de denigrarlos, que hablan de nuestras antiguas razas perdidas, de la anglomanía que arruina la industria caballar, presenten al lado de esos caballos de *steeple-chase*, capaces de recorrer enormes distancias llevando peso de 180 libras, á través de sitios cortados por obstáculos de todas clases, que presenten, digo, algún puro vástago de nuestras razas, cualquiera que sea su reputación y calidad, y se persuadirán bien pronto de una cosa, que es, que en lugar de destruir, se mejora, y que el caballo pura sangre debe ser el tipo del regenerador por excelencia.

Que se presenten en los diferentes depósitos de sementales, y al aspecto de aquellos animales de formas amplias, ricos de fuerza, de energía, se convencerán de que si, como todas las razas, la de los caballos de pura sangre tiene sus malos productos, tiene tipos que ella sola puede realizar.

Que sepan, y pueden hacer la experiencia, que los malos productos entre los caballos de pura sangre vendidos en subastas por sumas mínimas, batirían cien veces como fuerza, como energía, los malos productos de nuestras razas indígenas, porque aun siendo malos caballos de carrera, tienen la sangre.

Que entiendan que para salir victorioso de la prueba de una carrera llana ó de un *steeple-chase*, dadas ciertas condiciones, es necesario que un caballo reúna la excelencia, casi el ideal de todas las cualidades posibles y deseables en él. El vencedor de una ú otra de estas dos clases de carreras, será fuerte, enérgico, veloz, diestro; tendrá fondo y belleza.

Por belleza no entiendo exclusivamente la que agrada á la vista, que es más bien la coquetería de la especie caballar, sino una hermosura varonil, útil, tal como un ancho y profundo pecho y miembros sanos y limpios de todo defecto.

Se ve hoy bien á qué maravillosos resultados han llegado los ingleses, por la escrupulosa atención con que han conservado pura esta raza regeneradora. Admitiendo cierta parte de esta sangre en sus antiguas razas, han llegado á formar caballos de caza, de guerra y paseo, de tiro, y aun caballos para la agricultura; las razas de tiro, pesadas, más fuertes, más activas, más intrépidas, más propias para soportar las grandes fatigas.

En una palabra, el caballo de pura sangre aumenta el mérito de las otras razas, y aun bien á menudo es la causa de su verdadero valor.

A las cuatro de la tarde, corridos los *steeple-chases*, arregladas las apuestas, habiendo asistido á la partida de *Borderer*, que, cubierto de calientes mantas, marchaba alegremente por el camino, abandonamos Lubenham y á las dos horas entrábamos en el patio del *cottage*.

A la noche, terminada la comida, cuando las botellas de cristal, grabadas con las armas del lord y llenas de precioso vino de Francia y España, circulaban entre los convidados, se dirigieron numerosos brindis á *Borderer*, á su *jockey*, y sobre todo al porvenir de aquel caballo, que daba tan magníficas esperanzas.

Después, cada uno se fué á su habitación con el rostro un poco animado, y las conversaciones que tuvimos en el umbral de las puertas me parecieron entabladas por lenguas un poco embarazadas.

En fin, los departamentos del *cottage* entraron en silencio, y cada uno soñó con obstáculos salvados y carreras ganadas; cada uno vió realizarse el sueño que durante el día había creado en su imaginación. Es decir, que todos fueron dichosos, y que al día siguiente, cuando el sol se presentó radiante, todos se levantaron para tomar parte en los nuevos ejercicios de *sport* que formaban el programa de aquel día.

A las nueve, seguidos de *Scowball* y *Archer* y precedidos del *harefinder* (buscador de liebres), salimos á caballo del *cottage*.

Era una carrera muy interesante la del lebre persiguiendo á la liebre. En casi todos los animales, comprendiendo también los caballos de gran raza, la gran fuerza de velocidad está en sus patas traseras. Bajo este concepto, la liebre es de una admirable conformación, como lo prueban los músculos de sus muslos y el largo de sus patas de detrás, comparadas con las de delante. Sobre todo, en los terrenos elevados es donde se hace notar la ventaja de esta construcción particular.

Cuando la liebre sube la pendiente de una colina, distancia generalmente á los lebreles. Su pecho es grande, profun-

do y perfectamente dispuesto para que, después de una larga carrera, sus pulmones puedan allí operar fácilmente su acción.

Ciertamente, la velocidad de la liebre es muy notable, pero no lo es más que su habilidad ante los lebreles. Dándose perfectamente cuenta del grado de la de los perros que la persiguen, no abusa de sus fuerzas, conservándolas para servirse de ellas con tino.

Delante de *Scowball* y *Archer*, el *harefinder* hizo salir una liebre, sobre la que, ya sueltos, partieron juntos. Pronto la cogieron, después de una viva carrera á través de campos, vallas, ríos y fosos, que nosotros saltamos detrás de los perros.

Después, de vuelta á la casa, á las once almorzamos y á la una entramos en los reservados. Allí, delante de los *springs*, salieron volando hermosos faisanes, y hacia la tarde, numerosas detonaciones hicieron resonar los ecos del parque.

Aquella noche Stag y yo dimos las gracias á lord H., que quería prolongar aún nuestra estancia en el *cottage*, y nos despedimos.

El *dog-eart* de mimbre, enganchado á la yegua trotadora, nos esperaba, y dos horas después llegábamos á Leicester.

C. F.

SANGRE CAZADORA

(continuación)

POR ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

III.



A pesar de esta molestia, que entorpecía el movimiento de sus choquezuelas, D. Antolín se levantó en calzoncillos y descalzo y abrió la ventana.

Era un día hermoso del mes de Octubre; el sol llenaba de luz y de reflejos las copas de las encinas y los chaparros del

monte cercano. D. Antolín, aspirando con placer la brisa impregnada con el perfume de los romerales y tomillares, exclamó sonriéndose:

—¡Qué día tan espléndido!..... ¡Parece que la tierra canta y el cielo sonríe! En cada *asomada* voy á matar lo menos dos perdices. ¡Ay..... ay..... ay..... ay!.....

Y se dirigió cojeando hacia la alcoba.

—Pero, ¿qué diablos será esto?..... Yo no me he dado ningún golpe.....—se dijo, sentándose en una butaca y tirando del llamador de la campanilla.

Entró en la habitación Gerineldo, criado y cazador de D. Antolín, que estaba treinta años en la casa y tenía cincuenta de edad.

Gerineldo era un hombre alto, chupado de carnes como un galgo; en su cuerpo no había más que músculos, huesos y pellejo; su rostro, curtido como el cordobán, era de un color cobrizo; su frente apenas tenía una pulgada de ancha, de modo que los mechones grises de su áspero cabello se unían con las cejas, dándole una expresión estúpida que repugnaba. Sus ojos pequeños se movían de un modo vertiginoso cuando hablaba de caza, y entonces su tosco semblante adquiría la flexibilidad de la goma elástica, notándose el fenómeno de aparecer en su semblante el símil exacto del animal que motivaba su conversación.

Gerineldo era un gran tirador; usaba una escopeta que había sido de chispa, cargaba con mucha pólvora pocos plomos y tacos de esparto, iba por el monte con el arma á la funerala y mirando á tierra como si buscara algo; pero en cuanto *arrancaba* una perdiz, ¡pum!..... al suelo como un *trapo*: mataba siempre.

Gerineldo imitaba á la mayor parte de los animales salvajes, con tanta perfección, que hubiera podido ganarse la vida en los teatros causando el

asombro de los inteligentes; pero en cambio no sabía leer, bien es verdad que tampoco le había hecho falta, porque para cazar y matar doce perdices á vuelo, de doce tiros, no se necesitan títulos académicos, sino pulso, ojo, pulmones y piernas, cuatro cosas de las que generalmente carecen los sabios purificadores del idioma.

El caudal de conocimientos de Gerineldo se reducía á cien palabras vulgares, y con ellas había vivido tan ricamente cincuenta años, sin echar de menos lo que ignoraba.

Gerineldo era un hombre de la naturaleza, con un poquito más de inteligencia que los animales, porque contaba para vencerles con los efectos de su escopeta y la mala intención propia de todo cazador.

Terminaremos este ligero boceto diciendo que Gerineldo vestía lo mismo en invierno que en verano, chaqueta de paño pardo, calzón corto, albarcas, montera de pellejo, faja de estambre negra, y nunca se había abrochado el botón del cuello de la camisa; de modo que en Diciembre lo mismo que en Julio enseñaba una tabla de pecho negra y belluda como el cerdoso lomo de un jabalí; bien es verdad que no sentía nunca ni el frío ni el calor, porque era un hombre amojamado é insensible á los cambios atmosféricos.

Como su *bonito* nombre estaba en contraposición con la rusticidad salvaje de su naturaleza, y á los lectores les gustará saber el *por qué* de todas las cosas, les diremos que en la época en que nació nuestro agreste cazador, todos los ciegos *trashumantes* cantaban por los pueblos el célebre romance que dice:

«Gerineldo, Gerineldo,
Gerineldito pulido;
Quién te tuviera en mi cuarto
Tres horas á mi albedrío.»

Su madre le puso Gerineldo con la esperanza de que, andando el tiempo, encontraría su hijo una princesa tan despreocupada como la del famoso romance.

Desgraciadamente, Gerineldo no encontró ninguna princesa real que quisiera tenerle en su cuarto tres horas á su albedrío.

IV.

Gerineldo encontró á su amo sentado en la butaca, echando sapos y culebras por la boca y apretándose las rodillas con las manos.

—¡Oh, Dios mío!.....—decía D. Antolín.—¡Esto se acabó!..... ¡Es preciso vender las escopetas, los reclamos, los perros!..... ¡Soy un hombre inútil, un pobre inválido, un sér inofensivo que no sirve para nada!..... ¡Los conejos, las liebres, las perdices, los patos, las chochas, hasta las codornices se reirán de mí!..... ¡Qué vergüenza!

Y D. Antolín exhaló un suspiro ruidoso que hubiera arrancado un mar de lágrimas á otro sér menos insensible que Gerineldo, el cual, mirando á su amo con la estupidez y el asombro retratados en el semblante, exclamó:

—¿Qué es lo que dice usted, señor?..... ¡Vender á *Sardina*!..... ¡Vender á *Morchato*!..... ¡Vender á *Piul*!..... Eso no será verdad, porque Dios quiere..... ¡No faltaba otra cosa!..... ¡Reconcho!

Gerineldo hizo un gesto, y D. Antolín se rió, á pesar de sus dolores.

Debemos decir que *Sardina* era un galgo, *Morchato* un podenco y *Piul* un perdiguero; los tres perros mejores que habían comido pan y roído huesos en este pícaro mundo.

—¿Para qué quiero yo los perros, los reclamos y las escopetas, pedazo de animal?..... ¿No estás viendo que no puedo moverme? ¡Ah, si tú tuvieras el dolor que yo tengo en las rodillas!.....

—¿Y por eso da usted tanto *berrio*? Pues haga

usted lo que yo cuando tuve el dolor en los *corbejones* y me quedé con las patas *engarabitas* como una mula cuando la da la *baldaura*: me fui en donde el albéitar y le dije:—Perico, dame fuego en los *mollares* de los muslos como á las caballerías. Perico sacó una herradura de la fragua hecha ascua y me la aplicó dos veces salvo la parte, y *na*, como mano de santo, aquí me tiene usted más bueno y más nuevo que el día que me parió mi madre. Créame usted, señor, dése usted fuego, que ese remedio está de *non* para las *baldauras*.

—Mira, Gerineldo—añadió D. Antolín suspirando hacia adentro y mirando con cierta cariñosa compasión á su criado—yo sé que eres el hombre más animal de toda la provincia, que con lo que á ti te sobra de bruto podrían hacerse media docena de brutos regulares; pero sé también que nadie hace un *tollo* con más perfección y mejor situado que tú; sé que eres el mejor tirador de Extremadura, y que nadie conoce la querencia de las perdices cazando á *mano* con más exactitud que tú; por eso te tengo en mi casa hace treinta años y no te olvidaré en mi testamento; pero repito que eres muy animal, y que Perico el albéitar hizo bien en darte fuego. Anda, anda á llamar al médico á ver si me receta algo para que se calmen estos dolores y podamos salir un rato á cazar las polladas de perdiz. ¡Qué día, que día tan hermoso!

Gerineldo salió pensando que lo que su amo necesitaba era que le dieran fuego como á él.

Mientras tanto, D. Antolín se acabó de vestir como pudo, se sentó en la butaca y siguió lamentándose, hasta que vió entrar por la puerta al médico y á Gerineldo.

El doctor era un vejete de sesenta y cuatro años, muy alegre y muy campechano, á quien quería todo el mundo en el pueblo por su carácter familiar y decidor.

—¡Hola, hola!—dijo el médico;—¿con que el hombre de acero, el Nembrot de Extremadura, el infatigable cazador acude á la ciencia? Sepamos qué es lo que pasa.

D. Antolín le explicó todos los síntomas que había experimentado, y el médico, después de oírle, dijo:

—Amigo mío, sospecho que lo que usted tiene es el preludio de una larga y dolorosa sinfonía que se llama reumatismo agudo, consecuencia lógica y natural de los fríos y las humedades que ha tomado usted por esos mundos de Dios con la escopeta al hombro.

—¡Bah! la caza es higiénica, la recomiendan todos los médicos—exclamó D. Antolín.

—Indudablemente, la caza con método, con moderación, fortalece el cuerpo, ahuyenta las enfermedades y alarga la vida; pero el cazador impenitente como usted, que no encuentra día malo tratándose de cazar, que se pasa ocho ó diez horas tirando las becacas y los patos en terrenos pantanosos, que no bastándole el día se va á esperar en las noches de grandes heladas, que se mete en los *tollos* antes de amanecer para que absorban sus huesos los fríos y las humedades de los crepúsculos, ese cazador, en vez de echarle un remiendo á la salud, se busca una enfermedad y no pocos achaques para la vejez.

—Pero si yo he llegado á los sesenta y seis años sin que me falte un pelo, sin que me falte un diente, sin dolerme nada—exclamó D. Antolín.

—Ventajas de una naturaleza privilegiada y una salud digna del tiempo de Abraham, que usted ha derrochado con un lujo reprehensible; pero el cuerpo humano es una máquina que más pronto ó más tarde se descompone.

—¿De manera que empiezo á descomponerme?—preguntó D. Antolín exhalando un suspiro.

—Sí, señor, desgraciadamente está usted en edad para ello; es preciso cuidarse mucho y dejar la es-

copeta en el armero como un recuerdo histórico.

—¿Y no podría hoy salir un par de horas? ¡El tiempo es hermoso, es un día magnífico de caza, y además nos hallamos en la temporada de las polladas de perdiz!....

—¡Pero está usted loco!.... ¡No, señor! No sale usted de caza, ni hoy, ni mañana, ni pasado, ni al otro; estos ataques de fleumasía aguda adquiridos por los fríos y las humedades duran de cinco días á dos meses, y es preciso al principio atacarlos enérgicamente. Se pondrá usted un traje interior de bayeta amarilla, y unas almohadillas de algodón iodado del Dr. Thomas sobre las rodillas; tomará usted algunos laxantes suaves, y seguirá un régimen dulcificante que yo indicaré. Por si los dolores arrecian, tendremos prevenido un bálsamo que siempre me ha dado muy buenos resultados, y si nada conseguimos, irá usted á los baños de Alhama; pero repito que por ahora no puede usted cazar ni tomar fríos ni humedades; se estará usted en su casita tranquilo y cuidándose mucho: no olvide usted que las barbaridades que se cometen se pagan, y mucho más los viejos como nosotros.

D. Antolín y Gerineldo se miraron, y sólo Dios sabe el doloroso poema que encerraban aquellas miradas.

Mientras tanto, el doctor había escrito en una hoja de papel:

Récipe.

Bálsamo de Meca.....	4 dracmas.
Quina.....	1 onza.
Azafrán.....	1/2 onza.
Zarzaparilla.....	aa 1 onza.
Hojas de saúco.....	
Alcohol rectificado.....	3 libras.

«Nota.—Se disolverá el bálsamo en la tercera parte del alcohol, esto es, una libra, y en los dos tercios restantes de este licor se harán macerar por espacio de veinticuatro horas las otras sustancias; se cuelean por medio de un paño, y después se mezclan los dos líquidos, á cuyas mezclas se añadirán seis libras de agua de cal, y el líquido que resulte se conservará en botellas bien tapadas.

»Para hacer uso de este remedio se echarán algunas gotas de él sobre una cataplasma de harina de linaza, la que se aplicará lo más caliente que pueda sufrirse sobre la parte afectada.»

El médico entregó la receta á D. Antolín y le dijo:

—Que manden por esto á la botica y por un frasco de algodón iodado. Volveré luego, pero queda prohibido terminantemente el que se mueva usted de esa butaca; de lo contrario, reñiremos.

El doctor salió de la habitación. D. Antolín dejó caer la cabeza sobre el pecho exhalando un profundo suspiro, mientras que Gerineldo le decía en voz baja:

—Créame usted á mí, señor, aunque sea muy bruto: para las *baldauras*, el fuego es mano de santo.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

(Se continuará en el número próximo.)

LOS EDREDONES

¡Oh! vosotros que en aquellos fríos terribles que reinan en Enero os cuesta tanto trabajo separaros por la mañana del dulce calor de un suave edredón, ¿habéis jamás pensado en los tormentos que sufre el desgraciado pájaro para arrebatarle su precioso plumón?

No hablamos de ese falso edredón que arrancan á numerosas bandadas de gansos que crían en ciertas comarcas; hablamos del verdadero plumón de *eider* (*Eiderdown*).

Hace meses llegamos de Islandia á bordo del *Duncan*, vapor que hace el servicio entre Edimburgo y Reykiavik, capital de la isla. Para entrar en rada es preciso dar la vuelta á dos islas muy bajas que nos designaron como un sitio preferido de los *eiders*, lo que hace que valgan mucho dinero. No vimos sino dos rocas donde crecía hierba, que pastaban algunos carneros y caballos, en compañía de patos. ¿Y los *eiders*? Por el momento estábamos muy ocupados con nuestra llegada al fondeadero para pedir explicaciones.

Sólo la noche de nuestra llegada tuvimos la explicación de las islas de los *eiders*, cuyas noticias nos las dió un amable dinamarqués que nos ofreció hospitalidad.

Christián IX reina sobre Islandia, pero reina de lejos; el verdadero rey es el *eider*, pero felizmente es buen príncipe; á las tierras turbosas que producen hierba, prefiere las áridas bañadas por el mar. El islandés respeta su manía, se alegra, cultiva la hierba para sus carneros y cuida con esmero del reposo de su rey.

Está prohibido, por decreto, matar los *eiders* y aún usar armas de fuego cerca de los sitios frecuentados por estos volátiles, sin exceptuarse la rada de Reykiavik.

Todas estas precauciones sorprenden al que llega; ya no estamos en los tiempos en que los gansos del Capitolio eran sagrados, y aun con éstos los romanos tenían un motivo para hacerlo: el reconocimiento.

¿Qué han hecho los *eiders*? No sabemos si es el reconocimiento el que hace obrar así á los islandeses; el lector juzgará; baste saber que el plumón de *eider* vale 60 pesetas el kilogramo.

El *eider* ocupa el primer rango entre los patos que zambullen ó *fuligulidos*; es, no sólo uno de los más hermosos pájaros y de los más grandes de la familia, sino de los más útiles; anima, adorna, por decirlo así, los mares que frecuenta, y es una verdadera bendición para los habitantes del extremo norte.

El *eider* vulgar macho tiene lo alto de la cabeza, el cuello y espalda blanco; la parte anterior del pecho tirando al rojo oscuro; la frente, el vientre y la parte baja de la espalda y el borde de las alas negro; el ojo rojizo y el pico amarillo.

Este pájaro tiene 66 centímetros de largo y un metro 10 centímetros de ancho con las alas extendidas.

La hembra es más pequeña, y su plumaje rojizo con manchas oscuras.

En Islandia una larga seguridad ha hecho al *eider* casi doméstico; saliendo raramente de su *fiord*, suele calentarse al sol sobre las rocas, á algunos pasos de las habitaciones.

Hacia el mes de Mayo, época de los amores, las parejas comienzan á aislarse. ¿Son muy fieles las hembras? No lo sabemos; á veces, por la tarde, hemos visto pasar, rasando el agua, una hermosa hembra seguida de dos machos negros y blancos. El segundo, ¿lleva sencillamente el chal y la sombrilla? Grave cuestión que no queremos resolver por temor de comprometer la virtud de la dama.

En fin, lo que quiera que sea, es preciso pensar en hacer un nido; aquí comienza el compromiso del nuevo matrimonio. La tierra no puede proporcionarles ningunos materiales; las hierbas del año pasado se han podrido bajo la nieve; no hay madera ni ramitas. El mar le ofrece una amplia provisión de *varechs*; allí se presenta otro inconveniente: por seco que esté, á la primera lluvia, gracias á su permanencia en el agua salada, volverá á encontrar toda su humedad. El embarazo es grande, y entonces es cuando la hembra encuentra un supremo recurso en su corazón de madre.

Con su largo pico arranca su plumón y hace un nido que espera los huevos; llegan éstos, y mientras las hembras, diseminadas acá y allá, están ocupadas en los cuidados de la casa, los machos de la vecindad se reúnen en numerosos *meetings* para hablar de la lluvia y del buen tiempo.

Este es el momento que escoge el islandés para hacer su recolección; llega con toda su familia, y mientras los machos y hembras se precipitan al agua con gran ruido, recoge el plumón y los huevos.

Se hace gran ruido en el agua; aquellos días, los llantos, los gritos furiosos y movimientos de alas amenazantes ocupan todo el tiempo; y por la noche, mucho después de la puesta del sol, se oye en las rocas á los jóvenes machos que persuaden á sus esposas de que el mal es reparable.

Ayudando la primavera, la hembra consiente, y bien pronto todos están ocupados en buscar un buen sitio: ¿chomos sido muy confiados; esta vez nos ocultaremos y todo irá bien.»

Los *meetings* de los machos se reforman, son más ruidosos; un voto de confianza va á ser pronunciado, cuando el islandés vuelve á aparecer.

¡Ah! esta vez también, plumón y huevos desaparecen y las aves se desesperan.

—¿Y qué?—gritó un joven enamorado;—¿dejaremos perecer la nación? No, no; es preciso luchar, luchar hasta el fin.

El valor vuelve á renacer entre los machos; las hembras desconsoladas se dejan persuadir, los rincones más ocultos se llenan de nidos; pero cuesta mucho de amor propio y coquetería de aquellos señores, y ha sido preciso sacrificar su plumón blanco; las pobres madres, que han dado el suyo, no tienen con qué guarnecer sus nidos.

Están bien tristes en la asamblea, pero esta vez están tranquilos hasta el fin; el islandés no vendrá á molestarlos; es preciso conservar la raza, y además el plumón del macho es tan rudo, tan poco buscado, que se puede esperar; lo que no se lleve el viento será recogido.

Felizmente, para las personas friolentas los *eiders* no tienen archivos. Si, instruidos por la experiencia, los machos fueran á dejar su plumón los primeros, ¡adiós los edredones suaves y blandos!

C.



LA CAZA DE BÚFALOS.

ECOS DE MADRID.

El principio del año.—Bailes y fiestas.—Tres generaciones.—Coro de ángeles.—Un gran novelista.—D. José Casani.—En la Legación de los Estados Unidos.—Libros nuevos.—Los teatros.—Noticias.

El año 1888 ha comenzado de un modo brillante en los salones, y las fiestas se suceden en el gran mundo enlazando la última vuelta del cotillón con que termina un baile con la primera figura del rigodón con que comienza otro, como en las alboradas de primavera se une al primer vuelo de la madrugadora alondra el último fulgor de la matutina estrella.

Comenzó el año con el baile de los Duques de Fernan-Núñez; el palacio Cervellón, cerrado hace tiempo para fiestas, abrió su artística galería, sus magníficos salones, y otra vez las largas colas de los vestidos de baile pasaron rozando los pedestales de la *Lectora*, de la *Cautiva*, del *Torero herido*, del *Monaguillo* de Benlliure, de todas las estatuas que decoran aquel museo, y una vez más los hombres desnudos de las bellezas aristocráticas hicieron competencia á la Venus del Ticiano, colocada frente á los trofeos ganados á los moros por los ilustres ascendientes de los Fernan-Núñez.

Signió á este baile el de los Marqueses de Cerralbo; la noble casa de la calle de Pizarro mostró en espléndida fiesta sus preciosas antigüedades, y en medio de una decoración formada por bellas manifestaciones del arte en todas las épocas y por cuadros de los más insignes pintores, lucieron su belleza damas que parecía querían competir por su hermosura y elegancia con las retratadas por Mengs y por Wan-Loo en primorosos lienzos.

Se ha bailado también en casa de los Marqueses de la Romana, en casa de los Condes de Pinohermoso, en la Embajada de Francia, y nuevas invitaciones hacen muy grato para los jóvenes el porvenir de esta breve temporada de Carnaval que parecía al principio muy desanimada.

Estamos, pues, en pleno imperio de la muselina blanca, de la gasa azul y rosa, que forma los trajes de las encantadoras beldades que dan sus primeros pasos en el mundo, y que parecen en los salones las matizadas mariposas de la dicha, mostrando el iris de sus alas en una primavera eterna.

En estos últimos años son muchas las jóvenes de familias aristocráticas que han salido al mundo: en el último viernes de la Condesa de Pinohermoso, estaban en los salones de la calle de Don Pedro las de los Marqueses de Tasara, bellas como esos ángeles que decoran los artísticos libros de oraciones de la época del Renacimiento, y en el primer baile de la Embajada de Francia hizo, radiante de juvenil hermosura, su presentación la hija de un diplomático español honra de las letras contemporáneas, la señorita de Valera, hija del insigne autor de *Pepita Jiménez*.

Las recepciones de los Marqueses de la Romana están embellecidas por los encantos de su hija menor; la señorita de Caro y las de Salamanca, Abella, O'Ryan, Heredia, Bendaña, Bravo, Aca-pulco, Vía Manuel y otras muchas, forman el grupo juvenil en todos los bailes aristocráticos.

La sociedad se renueva incesantemente, y como á las melancolías del otoño y á las tristezas del invierno suceden las alegrías de la primavera, juveniles bellezas remplazan á las que abandonan las sencillas guirnalda de flores de las solteras por las joyas espléndidas de las señoras casadas.

En los bailes de hoy se unen tres generaciones: la de las damas que fueron jóvenes y hermosas en el reinado de D.^a Isabel II, las que retrató Madrazo bailando en el palacio de la Reina Cristina y de la Condesa de Montijo, las que oyeron recitar versos á Ventura de la Vega y asistieron á los estrenos

de las obras dramáticas de Tamayo y Ayala, las que aplaudieron en el teatro Real á la Lagrange y á la Penco, las que admiraron á Mario en sus últimos tiempos y á Tamberlick cuando más brillaba en su hermosa carrera, las contemporáneas, en fin, de la Reina Isabel y de la Emperatriz Eugenia; la otra generación es la de las hijas de éstas, beldades en todo el esplendor de su belleza, las que llevan los nombres históricos y se hallan en el mediodía algo alejadas de la mañana de la vida, pero sin llegar con mucho á la tarde, y las otras son la generación nueva, los capullos que se entreabren, las flores que comienzan á esparcir su aroma, las que dan sonrientes sus primeros pasos en los caminos de la vida, arrulladas por el concierto que forman las ilusiones y las esperanzas.

Un hombre que alcanzó esas tres generaciones fué el insigne novelista Manuel Fernández y González, que acaba de bajar á la tumba, abriendo la necrología de varones eminentes en el nuevo año.

Era un genio eminentemente español, con todas las grandezas y defectos de nuestra raza; algo como un poeta del siglo de oro de nuestra literatura, perdido y como desterrado en medio del prosaísmo de la época presente.

Para retratarle de un modo adecuado á su figura habría que pintarle con el chambergo de pluma de la época de los Felipes, con la tizona al cinto rebozado en la ancha capa, buscando aventuras y visitando las hosterías, como un personaje algo aventurero de los tiempos que él retrató en *El Cocinero de S. M.* ó en *Aventuras imperiales*.

Buscó la inspiración para sus primeras y más célebres obras en el campo de la historia, y hubo una época especialmente y una figura de la que estuvo enamorado: la época y la figura de don Pedro I de Castilla, que resucitó en su novela *La cabeza del Rey D. Pedro*, haciendo vivir y palpar al Rey, á sus hermanos bastardos, á sus extraños favoritos, ejecutores de su especial y rápida justicia tan cercana á la crueldad, y á la interesante D.^a María de Padilla, que nos presenta radiante de belleza en los árabes camarines del Alcázar de Sevilla, la ciudad en que vió la luz primera el novelista y el poeta.

Otro muerto, que gozaba en la sociedad de Madrid de generales simpatías reclama un puesto en esta crónica. Don José Casani y Bernaldo de Quirós, hijo de los Condes de Giraldey. Ha muerto en la plenitud de la vida, cuando más brillaba su claro y natural ingenio, chispeante de agudeza.

Al principio de la temporada iba á los teatros, frecuentaba los salones, asistía asiduamente á su círculo, y en esta vida le ha sorprendido la muerte. Sus compañeros y amigos del Veloz-Club cubrieron con un manto de gardenias y camelias el ataúd que encerraba su cadáver; manos cariñosas colgaron coronas de rosas y violetas en el carro fúnebre que condujo sus restos al cementerio, y los carruajes blasonados de la aristocracia de Madrid, con muchas de cuyas principales casas estaba emparentado, formaron su fúnebre cortejo.

Los Duques de Rivas, guardando luto por esta muerte, han aplazado sus anunciadas reuniones, que ya no se celebrarán hasta la segunda quincena de Enero.

Una de las Legaciones que más se distinguen por sus fiestas es la de los Estados Unidos.

Mr. Curry y su bella y distinguida esposa sostienen bien el pabellón de la gran nación americana en el mundo elegante de Madrid, y á sus reuniones vespertinas de los lunes unen sus suntuosos banquetes de los jueves. El último, al que

asistieron el Duque y la Duquesa de Sessa, la Duquesa de Bailén, los Marqueses de Nájera, el Duque de Durcal, los señores de Cánovas del Castillo, los de Ruata y otros, fué seguido de un notable concierto, en que cautaron Verger, el eminente barítono cuya ausencia de la escena lamenta el arte, y la Sra. Pasqua, la notable artista del Teatro Real.

La misma noche del banquete, esto es, el 12 de Enero, se celebraba en casa de la Marquesa de Alcañices la entrada del Año Nuevo en Rusia, dedicando la noble dama un recuerdo á su patria, que abandonó de muy joven para brillar entre los astros del segundo imperio francés.

La primera obra nueva española que nos ha traído el año ha sido una novela del castellano de Polanco, *La Montañez*, en la que el insigne don José María de Pereda deja su habitual escenario de la provincia de Santander para trazar un cuadro de costumbres contemporáneas no circunscrito al teatro en que se desarrolla la acción de *Los hombres de pro*, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *El sabor de la tierruca* y otras obras del insigne novelista.

Obra del nuevo año es también la titulada *Cuentos de color de lila y Fragmentos sin color*, colección de artículos, cuentos y poesías del conocido D. José María de Ortega Morejón, libro en que palpitan, al lado de la inspiración, tiernos y delicados sentimientos.

Los teatros han ofrecido pocas novedades: en la Zarzuela continúa su marcha triunfal *La Bruja*; la Princesa nos hace admirar las joyas del teatro clásico, presentando, especialmente los lunes y los viernes, animado aspecto la elegante sala, favorecida por la sociedad aristocrática, y en los demás coliseos continúan representándose las funciones de pascua.

El Teatro Real ha presentado con gran lujo *La Estrella del Norte*, y la obra de Meyerbeer ha sido un triunfo para la Sra. Gárgano y para los señores Uetam y Mancinelli, que dirigió admirablemente la orquesta.

La segunda quincena de Enero promete ser animada en los salones; durante ella se celebrará la apertura este año del *Teatro Ventura*, el baile grande en la Embajada inglesa, y continuarán las recepciones en la Embajada francesa y en casa de los Marqueses de la Romana y de los Condes de Pinohermoso.

El Carnaval, que llega muy pronto este año, viene precedido de una animada serie de brillantes fiestas que le sirven de herald.

KASABAL.



ESCENAS DE CAZA

Las sepulturas.

Corría el año de 1860 y era el mes de Marzo; mes predilecto de los monteros de Sierra Morena. El sol empezaba á dorar las cumbres de las montañas, y el rocío, desprendiéndose á su calor de las verdes hojas, se condensaba en cristalinhas gotas, que partían su luz en infinitos rayos de purísimos colores.

Las plantas exhalaban ese aroma embriagador y saludable que ofrece eficaz remedio á tantos males, triunfando de las destructoras anemias que el aire enrarecido de las ciudades puede producir. ¡Cuántos que creyeron perdida su salud, lograron entre la aspereza de aquellas montañas recobrar su vigor y su fuerza, abriendo de nuevo su corazón á la esperanza! ¡Benditas montañas!.... Yo, en medio de esta Babel ma-

drileña; en medio de esta lucha vertiginosa de pasiones y de intereses, os saludo con toda la efusión de mi alma!.....

Una expedición de montería avanzaba lentamente, salvando montes y valles, á través de tortuosos senderos. El terreno que cruzaban era la Dehesa de los Escoriales, sita en el término de Andújar.

Nada más pintoresco que aquel terreno. El arroyo de la Garganta se extiende por una vega cubierta de frondosos lentiscos, de romeros, de jaras, de cantuesos, y esmaltado por la amarillenta flor de la labiarganas y por encendidos ramos de madroños. Los caprichosos accidentes del terreno, que sombrean innumerables chaparros y encinas seculares, constituyen un paisaje encantador, animado por el continuo murmullo de la corriente del arroyo.

Divisanse hacia el Norte numerosas montañas, cubiertas de poderosa y variada vegetación, levantándose en el centro el majestuoso santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, verdadero puerto de refugio en aquellas extensas soledades.

Las sierras de Madrona y de Quintana, dibujándose sobre el horizonte, forman el fondo de aquel sorprendente cuadro. Cubiertas sus cimas de blanca nieve, ofrecen, como límite de la fértil y risueña Andalucía, esa imponente majestad de las frías regiones de las nieves perpetuas.

Desde el punto en que la expedición se encontraba, se distingue la preciosa casa, que sirve de albergue á los cazadores, rodeada de acacias y rosales, y más abajo se ven las grandes fábricas de fundición, donde los progresos modernos lograron arrancar á los extensos escoriales, que dan nombre á la Dehesa, la mucha riqueza que no pudieron aquílitar los rutinarios procedimientos metalúrgicos de los romanos.

Al lado de las rudas albercas y los toscos cimientos de los tritadores árabes, se levantan esas inmensas chimeneas circulares, que hoy son por todas partes signos de civilización y de progreso.

La expedición llegó al término de su marcha; los cazadores ocuparon sus puestos; los perros corrieron en tropel tras los ligeros ciervos; libráronse rudos combates con fieros jabalíes, y los tiros y las voces y el eco de los caracoles, enardecieron el ánimo de los cazadores, viendo unos con alegría caer las reses á sus certeros disparos, y contemplando los más con profunda pena que les habían dado, como allí se dice, por el lado de la salud.

Terminados los *portillos* ó manchas de la mañana, se reunieron todos en un pequeño valle, próximo al arroyo llamado de la Piedra de los Corazones, sin duda porque entre las muchas masas de granito que adornan el valle, hay dos unidas que cada una semeja en su estructura aquella esencial entraña.

Mientras se preparaba la merienda saliendo á luz el histórico dornillo y las pesadas jardenas; cada cual refería los lances de la mañana con aquella exactitud con que los diputados electos describen en una sesión de actas los mil detalles de la sinceridad electoral.

Uno de los cazadores, nuevo en aquellos terrenos y por demás curioso, se fijó bien pronto en varias excavaciones ó aberturas practicadas en diferentes pedazos de roca, y de una hechura uniforme y rara. Todas están colocadas hacia el Oriente y en sentido horizontal, terminando por un hueco de mucho menor diámetro, igualmente profundo y circular.

—¿Qué es esto?—prefuntó el joven á un anciano, natural del país.

—Esas aberturas dan nombre á estos sitios—contestó el anciano;—son sepulturas.

—¿Sepulturas?

—Sí, y bien antiguas, pues proceden nada menos que de las tribus celtas.

—Curioso sería—dijo el joven—poder conocer la historia de ellas. ¡Qué lástima que no puedan hablar estos peñascos! ¡Cuánto podrían entretenernos!.....

El anciano, hombre de gran ilustración, al oírle le dijo.

—Lástima, es verdad; pero si ellos no pueden, en cambio la humanidad charló lo suficiente para que hayan llegado hasta nosotros algunos detalles interesantes de estos mudos testigos de tantos sucesos que han triunfado del tiempo y que aún desafían el paso de los siglos.

—Bien podía usted—replicó el joven con impaciente curiosidad—bien podía en este rato de descanso darme á conocer tan curiosos datos.

—Dejémoslo para la noche. Nos esperan nuevas emociones en esas montañas que tenemos delante; no tendríamos tiempo, y luego al amor de la lumbre será más agradable.

—Convenido.

Terminó la comida: siguió con toda felicidad la cacería, y al declinar la tarde llegaban los cazadores á la preciosa casa ya descrita.

Grandes troncos de encina ardían en el extenso hogar del espacioso salón-comedor, cuya preparación y cómodo, aunque modesto mueblaje, contrastaba con la rudeza de los terrenos que rodean la casa.

Nada más grato que una noche de montería en un rancho

como éste, en que si nada hay superfluo, tampoco se echa de menos lo necesario.

Trocada la ruda bota por la cómoda zapatilla; al amor de la lumbre; instalados en sillones de pino y de aneas sólidos, como la Piedra de los Corazones y que si no revelan el gusto artístico más esmerado, prueban el gran sentido práctico de otras generaciones; animados por ruedas de salchichón y manzanilla, se pasa el tiempo en amena conversación de caza, pesca, guerras, amores y cuanto puede impresionar la imaginación, á que ofrecen poderoso estímulo el buen humor de nuestra hermosa Andalucía.

Cuando las múltiples discusiones ofrecieron alguna tregua, el joven, que no había olvidado el espectáculo de la sepultura, se dirigió al anciano diciéndole:

—Querido amigo, lo prometido os deuda. Llegó la hora y le exijo me cumpla su oferta de referirme cuanto sepa del origen de aquellas singulares sepulturas.

—Sí, sí—dijeron todos.

—Voy á cumplirla—dijo el anciano,—y le advierto que yo ni quito ni pongo á lo que por tradición ha llegado hasta nosotros. Voy á ser, pues, fiel narrador, sin poner nada de ciencia propia al cuento, conseja, historia, ó como queráis llamarle.

—Allá por el siglo xv, antes de J. C.—no diréis que os hablo de ayer de mañana—penetraron, como sabéis, en España los celtas y los iberos.

Afectos los iberos á las llanuras de las Galias, de donde venían, buscaban para establecerse las fértiles vegas de nuestros ríos: acostumbrados los celtas á las fragosidades del Cáucaso, preferían la agreste soledad de estas montañas vírgenes.

En los iberos, era ingénita la navegación; entre los celtas, era la caza necesidad imprescindible.

Obedeciendo á estas tendencias, al llegar unos y otros á este país, siguiendo la costumbre de incesante avance de los pueblos nómadas, en las llanuras que hoy ocupa Andújar se estableció una tribu ibera bajo la dominación de un guerrero llamado Starquir, y á estos sitios llegaron los celtas bajo las órdenes del venerable Tircio.

Más afortunados los iberos, y ayudados por la naturaleza de los terrenos que cultivaban y sus comunicaciones fluviales, prosperaban mucho.

Los celtas, en estos ágricos terrenos, apenas podían sostenerse.

Esta diversidad de fortuna predisponían sus ánimos á grandes animosidades: además, los iberos adoraban al Sol; los celtas á la Luna.

Con tan varia fortuna, con costumbres tan diversas, con encontrados intereses y con tan distinta religión, se comprende fácilmente que la paz y la armonía era imposible.

Tircio tenía una hija, cuya hermosura tenía universal y justa fama.

Arga, éste era el nombre de la gentil doncella, presidía las festividades de la tribu.

Sujeto el cabello sobre su cabeza por un anillo de abri-lantado cobre, caían éstos sobre sus desnudos hombros, destacándose su larga clámide de tosca, pero blanca lana, ceñida á su esbelto talle por un cinturón también de cobre hábilmente cincelado, y llevando en la mano la segur característica del culto Bruida. Pendía de su hombro un manto celeste. Con tan airoso traje, iluminada por la rojiza llama de la ardiente pira preparada para los sacrificios; brillando en sus ojos el fuego del más exaltado fanatismo, era una figura verdaderamente legendaria, que hiriendo el sentimiento, llevaba hasta el delirio la imaginación de aquellas masas de rudos guerreadores.

Hoy, ante cualquier multitud de un pueblo culto, sucedería lo mismo. La influencia de una mujer hermosa será siempre avasalladora. ¡Desgraciados de aquellos que no estén conformes con esta apreciación!.....

Siro, hijo de Starquir, era un gallardo mozo y el más perfecto tipo del audaz y esbelto guerrero del pueblo nómada, que desarrolla su cuerpo y temple su alma entre los rudos ejercicios y los constantes peligros de una vida pasada en incesante lucha.

Cubierta su cabeza por airoso capacete tejido de cuerda; cayendo en mechones negros como el ébano sus rizados cabellos; ceñido á la cintura su rudo tabardo; defendiendo su pecho y espalda corta coraza de piel de toro; sujeta al brazo izquierdo gruesa rodela de añejo roble y empuñando en la diestra mano un dardo arrojadizo ó una lanza de cobre, lo mismo humillaba los enemigos en el combate, que rendía los corazones de las hermosas y apasionadas doncellas del pueblo ibero.

Siro y Arga se amaban; pero este amor sufría la contrariedad inmensa de la rivalidad de ambas tribus, rivalidad sostenida, más que nada, por el carácter indomable del fiero Starquir. Ni súplicas, ni ruegos, ni cuantos medios había puesto en juego el prudente Tircio, habían podido aplacar aquel odio de raza, que Starquir había heredado de los antiguos pobladores de las vertientes del Cáucaso.

La perla de las montañas y el apuesto guerrero sentían, en el albor de la vida, el peso de la desgracia; y un amor que

fácilmente podía haber sido manantial purísimo de inmensa felicidad, era por el contrario, origen de su triste desventura.

.....
Era una noche del mes de Mayo: la luna, levantándose sobre el horizonte, brillaba sobre un cielo azul y transparente iluminando los valles á través de los cuales se extendía la informe sombra de las montañas; sombras que, impresionando la imaginación, semejaban en la soledad y en el silencio esos múltiples y caprichosos fantasmas que deleitan la mente del soñador y del poeta y que amedrantan, y aterran á la gente sencilla.

En ese arroyo en que esta tarde descansábamos y como á dos kilómetros del sitio en que habéis visto las sepulturas, se veía un extenso y variado grupo de casas que constituían el centro de la colonia formada por la tribu de Tircio, perdiéndose la vista en aquellos llanos, poblados de viviendas más ó menos modestas, y que cada cual levantaba en los terrenos que se dedicaba á cultivar.

Todo indicaba que la tribu descansaba de los trabajos del día, y solo el ladrido de los perros venía á turbar de cuando en cuando aquel solemne silencio.

Algunas lumbres lejanas designaban los ranchos de los ganaderos ó el puesto avanzado de los vigías, pues en aquellos tiempos se vivía siempre con las rigurosas precauciones de campaña, pues no era extraño que sin el menor motivo cayesen unas tribus sobre otras con el patriótico propósito de tomar cada cual lo que necesitaba con la mayor brevedad y con el menor trabajo.

Cualquiera que á fuer de curioso hubiera permanecido despierto, hubiera visto deslizarse un bulto á través del camino llamado del Collado, que es el mismo que nosotros llevamos esta mañana.

Aquella sombra se detenía á trechos, volviendo á emprender su marcha en dirección á la Piedra de los Corazones.

Al mismo tiempo otra sombra salía sigilosamente por una pequeña puerta abierta en el denegrido muro de la casa más importante de la aldea y marchaba en la misma dirección.

Al cabo de un rato llegaron ambas sombras al mismo sitio en que ha nacido en usted esta mañana el deseo de conocer la historia de aquellas piedras.

—¡Arga!.....

—¡Siro!.....

Estos dos nombres fueron pronunciados muy bajo, y con el acento entrecortado de inmensa emoción.....

Los dos amantes se sentaron al pie de aquella piedra, cuya sombra los ocultaba perfectamente.

Largo tiempo permanecieron ocultos, sin que pudiera percibirse ni una sola de sus palabras.....

La noche avanzaba y no podían detenerse mucho, si no querían exponerse á ser descubiertos.....

De pronto, y por la misma senda que trajo Siro, se sienten las pisadas de una caballería, ya con eco sordo al pisar la tierra, ó ya timbrado al choque las herraduras con las piedras. Los dos amantes se agruparon entre la roca, temerosos de ser vistos.

A la luz de la luna, apareció marchando sobre la caballería un joven y robusto labriego, que siguiendo tranquilamente en dirección al pueblo y para distraer el fastidio de la soledad, entonaba con buena voz y notable ejecución una especie de balada, entonces popular, que si en sus ayudas notas recordaba los cantos guerreros de las tribus circacias, por sus cadenciosas melodías estaba impregnada de esa armonía y sentimiento que hoy forma el carácter distintivo de los cantos andaluces.

La letra parecía escrita para impresionar profundamente á los amantes: pues decía así:

Quando la suerte
Se muestra impía
Y al alma envía
Pena y dolor,
La dulce muerte
Tienda su vuelo,
Que allá en el cielo
Reina el amor.

La melancolía de aquellas notas, repetidas débilmente por los ecos de las montañas en medio de aquel majestuoso silencio, impresionó tanto el alma entristecida de aquellos seres tan desgraciados, que permanecieron en silencio por algún tiempo.

La voz del alegre caminante se perdía á lo lejos, y la luna al descender, cambiando la sombra de la roca, dejó ver el cuadro encantador de aquellas dos figuras que con las manos enlazadas y confundiendo la mirada de sus negros ojos, se contemplaban con la anhelante expresión de los que sienten el profundo pesar de una eterna despedida.

—¿No hay esperanza?—dijo Arga.

—Ninguna—contestó Siro.—Ya conoces el carácter indomable del fiero Starquir; jamás consentirá en nuestra unión. Mañana quiere que parta para Hispalis.

—¡Hispalis!—exclamó Arga, como si un dardo le hubiese atravesado el corazón.—¿Pero en Hispalis se encuentra Lia?

—Sí—dijo Siro.

—¿Y tú irás? ¿Tú me dejarás y te unirás á ella sucumbiendo á los mandatos del tenaz Starquir?.....

—Nunca—exclamó Siro.—He venido esta noche para huir contigo ó para morir cerca de tus lares.

—¿Huir contigo?—gritó Arga levantándose.—¿Deshonrar las canas de mi anciano padre? ¿Atraer sobre la tribu entera las ira de esa Diosa de la noche que preside nuestros destinos? Nunca.... eso no puede ser.

—¿Tienes miedo?

—A la muerte, no; pero sí á la deshonra.

—Pues entonces.... —balbuceó Siro.

—¿A qué has venido?....

—Ya lo he dicho.... á huir contigo ó á morir....

—¡Conmigo!....—exclamó Arga interrumpiéndole.

—¡Contigo!

Sí.... Sin tí, ¿para qué quiero la vida?.... La Reina de la noche nos contempla; ella, emblema de la Justicia, nos ilumina, y allá en los inmensos valles de luz que nos ofrece, veremos coronados de felicidad nuestro amor y nuestro heroísmo.

Los primeros destellos de la aurora al caer sobre la Piedra de los Corazones, dejaban percibir junto á su base dos bultos informes, que la claridad del día fué detallando.... Eran los cadáveres de Arga y de Siro: un mismo puñal había puesto término á la existencia de aquellas dos víctimas del odio fanático de raza que alentaba el alma empedernida de Starquir.

La noticia de la catástrofe corrió con la celeridad del relámpago, y los celtas de Tircio y los iberos de Starquir, acudieron alrededor de aquella solitaria Piedra, mudo testigo de tan cruenta escena.

Starquir, aquel indómito guerrero cuyos odios de raza habían causado tan inmensa desgracia, con el rostro descompuesto, hincada la rodilla en tierra y sosteniendo en la otra el cadáver de su hijo, estampaba en su frente ardientes besos, rodando por aquellas mejillas, tostadas por el sol de tantas batallas, gruesas y ardientes lágrimas.

Tircio, con la resignación de las patriarcas bíblicas, estrechaba contra su corazón los restos inanimados de Arga.

La llanura estaba cuajada de gente, á quien el respeto y el pesar imponía profundo silencio, sólo interrumpido por los sollozos de las jóvenes celtas, que amaban con delirio á la desventurada Arga.

—Starquis—dijo Tircio con acento solemne—tus injustos odios han hecho correr la sangre de estos seres cuya felicidad nos era tan querida. Los Dioses abaten así tu orgullo y te castigan. Ya que sea imposible volverles á la vida, que esa sangre inocente sea fecundo riego que abra á estas desgraciadas tribus más anchos horizontes.

—Tircio—exclamó Starquir profundamente conmovido—tienes razón; ese radiante sol que alumbrá las montañas, ilumina también mi mente. Celtas é iberos desaparecen: ambas tribus unidas forman desde hoy parte del pueblo celtibero.

Tircio, juremos ambos sobre el cadáver de nuestros hijos, que sabremos cumplir bien y fielmente nuestros deberes, y ellos desde las regiones inmortales podrán bendecirnos. Estas piedras, testigos de su muerte y de nuestro juramento, conservarán sus restos, y aquí vendremos también un día á acompañarlos eternamente.

Siguiendo las costumbres de aquellos pueblos, las sepulturas se labraron en el centro de aquellas masas graníticas, y en la cara que miraba al Oriente. Aquellos restos han desaparecido y ahí han quedado esos huesos cuya historia acabáis de oír.

—¿Y podíais ofrecirme algunos comprobantes de esos hechos?—dijo con gran interés el joven.

—Que Starquir y Tircio existieron como jefes de tribus, pobladoras de estos sitios, podéis verlo en Strhabón y en otros autores que se han ocupado de la historia de las razas jaféticas y de la marcha de aquellas tribus, que procedentes del Ararat y del Cáucaso, dejaron el Asia, y en incesante avance vinieron á poblar la Andalucía.

Que estas sepulturas son celtas, lo atestiguan los distintos testimonios de ilustrados arqueólogos, las monedas encontradas en estas llanuras y las herramientas halladas al desbarrar galerías de antiguos trabajos mineros. Además, hace algunos años que yo he visto en casa de un acomodado propietario del cercano pueblo de Caños, un anillo de cobre, encontrado por un leñador al pie de una de esas rocas, y en el cual se veía claramente la palabra Arg....: el resto de la inscripción estaba completamente destruido por la oxidación del metal. Posible parece que aquel anillo estuviera un día en la hermosa mano de la doncella celta.

Lo demás, amigo mío, tenéis que tomarlo, como lo he tomado yo, de la tradición popular, que aunque borde y engalane la historia suele tener por base una gran verdad.

¡Cuántos grandes milagros que forman tan bello conjunto en nuestras piadosas creencias, no tienen más fundamento que esa misteriosa transmisión de gente en gente!....

Terminada la historia, los cazadores se despidieron. Al poco tiempo la colonia montera presentaba el mismo aspecto silencioso que la tribu de Tircio en aquella noche de inolvidables recuerdos.

Al día siguiente continuó la expedición sus alegres tareas. Al ir de caza tuvieron que pasar de nuevo por la Piedra de los Corazones; al llegar allí todos se detuvieron. Hubo un momento de silencio en que cada cual daba cuerpo y vida en su mente á los detalles de aquella historia.

—¡Qué lástima!—dijo el joven—que, nuevo Lázaro, no se levantara del fondo de este sepulcro la hermosa Arga!.... Nosotros no la daríamos la muerte; al contrario, le ofreceríamos un porvenir más venturoso.

PEDRO MANUEL DE ACUÑA.

Madrid, 21 de Diciembre de 1887.

¡PATRIA! ⁽¹⁾

SONETO.

Ya persiguiendo al corzo fugitivo
De breña en breña, en la espesura brava;
Ya llevando el rebaño, que triscaba
Del pasto abundo al rústico incentivo,

Del suelo erial por donde erraba esquivo
Un tiempo fué que el hombre no ocupaba
Sino el pedazo que su planta hollaba
En la arena del bosque primitivo.

Mas llega un día en que, de andar cansado,
Firma un eterno pacto con la tierra
Escrito con la reja del arado;

Su pie en el surco que labró detiene,
Hinca la valla que su campo cierra,
Y ¡Patria, Patria desde entonces tiene!

E. FERRARI.

EL TRAP-SHOOTING.

Este género de sport, muy en boga actualmente en los Estados Unidos, consiste en sustituir en el tiro de pichón las aves vivas por pájaros artificiales, lanzados por medio de un resorte y de manera tal, que imitan perfectamente el vuelo de una paloma ó codorniz. Estos pájaros, hechos de arcilla, vidrio ó otra pasta análoga, pueden guardarse durante mucho tiempo sin que sufran deterioro alguno, y son suficientemente fuertes para que no se rompan en el aire.

Su éxito se debe, más que á Henry Berg, como creen muchos, al poco costo de estos pájaros, lo que ha hecho que se acepten en todos los Estados Unidos, y especialmente en el Este, donde la caza es poco abundante, y resulta, naturalmente, más fácil tirar á 21 ó 27 yardas de distancia, que buscarlos por los bosques, haciendo largas jornadas, á veces infructuosas.

Los numerosos clubs que se dedicaban al tiro de pichón, para el cual se habían dictado innumerables reglas, comprendieron que este sport adolecía de grandes inconvenientes. Los infelices animalitos eran tratados cruelmente, y á veces, heridos, morían después de largos sufrimientos. La vigilancia de los delegados nombrados por los clubs no era bastante á impedir los medios crueles que se ponían en práctica, ya arrancándoles á los pichones plumas de las alas ó de la cola, para que fuera más rápido ó vario su vuelo, ya introduciéndoles alfileres para que «tuvieran más vida y movimiento», como decían los que los lanzaban. Estas crueldades disgustan á todo buen sportman, pero todos saben que desgraciadamente su existencia es un hecho.

Otro gran inconveniente que pronto se presentó en los matches de tiro al pichón, fué la dificultad de obtener estos animales. En el gran torneo de la *New York State Sportsmen's Convention*, celebrado en Coney Island en 1881, los pichones costaban de 50 á 60 centavos cada uno. Hace quince años, antes que la demanda fuese tan enorme, su precio corriente era de 15 á 20 centavos; pero la rapidez con que se sucedían estos torneos y el gran número de pichones que eran necesarios, los hicieron más caros cada año.

Cuando la citada sociedad efectuó en Búfalo el torneo de 1879, se emplearon en una sola semana más de 17.000 pichones que desde un mes antes recogieron sus agentes especiales en todos los Estados de la Unión, llegando hasta arrancarlos de sus nidos en Pensilvania. Estos agentes recorrieron el país en todas direcciones persiguiendo las aves, y siguieron las grandes bandadas desde Pensilvania hasta Kansas por todo el SO., llegando hasta Nuevo Méjico, cogiendo por último con redes á las infelices aves.

(1) Esta notable poesía fué escrita para figurar en el ALMANAQUE de EL CAMPO; pero habiendo llegado á nuestras manos cuando allí ya no tenía cabida, la publicamos en este número.

En el torneo de la misma *Convention* (Coney Island 1881) causó tal indignación entre los espectadores la vista de los pichones heridos, que se organizó una verdadera cruzada contra este sport, y la *Sport's Convention* decidió desde entonces que en los torneos sucesivos se empleasen pájaros artificiales.

Grandes fueron los esfuerzos que se hicieron desde entonces para obtener lo que podemos llamar un *pájaro oficial* que llenase las aspiraciones de los tiradores. El primero de esos pájaros artificiales se debió á un inglés que lo presentó al público hace unos veinte años con el nombre de pichón Bussey Gyro, que es sin duda un mecanismo ingenioso, pero pesado y complicado en demasía. Estaba hecho de acero con delgadas alas del mismo metal, que abiertas median cinco pulgadas de punta á punta, y se ponía en movimiento por medio de un tornillo propulsor que giraba con gran velocidad, haciendo que el aparato imitase perfectamente el vuelo de un pájaro. Este aparato presentaba el inconveniente de que debía ser examinado cuidadosamente después de cada tiro para ver el efecto de la munición, perdiendo en esta operación tanto tiempo, que se calculó que un torneo en que se empleara el *Gyro pigeon* duraría dos meses en vez de una semana.

Vinieron después las bolas de vidrio cargadas de plumas, que subían rápidamente impulsadas por un resorte y se rompían al ser tocadas por la munición. Estas bolas tuvieron gran aceptación; pero pronto se observó que describiendo en su caída una parábola, todo tirador diestro podía romper una de cada tiro. Carver, Bogarduss, Prahm, Miss Annie Oakley, Jim, Rid y Buffalo Bill obtuvieron renombre de tiradores de rifle rompiendo bolas de esta clase.

Un atrevido inventor ideó luego hacer una especie de pichón de arcilla, con un apéndice ó mangó de madera para lanzarlos. Estos pichones resultaron demasiado duros y difíciles de romper, habiéndose recogido algunos con cuatro ó cinco señales de munición capaces de causar la muerte á un pichón vivo, y fueron abandonados.

Por el año 1885 un cazador de Illinois inventó el *peoria* Blackbird, hecho de brea y yeso; después se conocieron el Blue Rock, el Snipe y Black Pigeon, compuestos todos de diferentes mezclas de brea, cenizas y yeso, tan frágiles, que sólo al choque de dos ó tres perdigones se rompían en mil pedazos.

Los *pájaros artificiales* á que nos referimos desde el principio de este artículo son realmente discos huecos de 3 pulgadas de diámetro y 1 1/2 de espesor, formados de vidrio, arcilla ó otra pasta análoga. Estos discos son lanzados por un resorte que les hace recorrer un espacio de 90 ó 100 yardas con una velocidad inicial de 80 millas por hora, siendo el vuelo de un pichón vivo sólo de 75 millas por hora. Además, éstos vacilan siempre algunos segundos antes de tomar vuelo, ofreciendo mayor facilidad para ser alcanzados por el cazador.

Actualmente, según afirma Mr. Richard, agente de una de las mayores fábricas de *pájaros* artificiales, se emplean anualmente en los Estados Unidos 10.200.000 de estos discos. Su costo no excede de 14 pesos el millar, y las reglas que rigen estos torneos difieren poco de las que regulan los de tiro al pichón. He aquí algunas de las principales reglas de este sport.

Traps.—Todos los *matches* serán tirados desde 3 *traps* en un segmento de círculo y distantes 5 yardas uno de otro. El radio de este círculo será de 18 yardas. Los *traps* serán numerados de derecha á izquierda con los números 1, 2 y 3, y todos deben lanzar los discos á una distancia que no baje de 40 yardas, debiendo ser ensayados antes de comenzar el tiro, para sustituir la que no alcance la distancia prescrita.

Condiciones de los *traps*.—Las palancas de los *traps* estarán dispuestos de modo que la elevación del disco en su trayectoria á una distancia de 10 yardas no sea mayor de 8 pies ni menor de 4. Los ángulos que describan los discos serán los siguientes: el *trap* núm. 1 estará dispuesto para lanzar el disco hacia la izquierda; el núm. 2 completamente recto, y el núm. 3 hacia la derecha. Los discos que saliesen en otra dirección que la indicada por la disposición del *trap*, serán contados como buenos siempre que el *trap* no haya sido cambiado.

La *escopeta* debe colocarse con la culata más baja que el sobaco del tirador, hasta que éste diga «pull.»

Si se viola esta regla y no se rompe el disco, se cuenta el tiro; si se rompe, el tiro es nulo y se repetirá.

Los *discos*, para considerarse ganados, deben tener algún pedazo roto, perceptible mientras estaba en el aire.—La opinión de los jueces será decisiva en este punto. Cuando un disco sea roto por el *trap* al tirarlo, puede el tirador reclamar otro; pero si tira, se anotará el resultado.

En la actualidad existen en New York, en el radio de 100 millas, 350 clubs de tiro, pudiendo decirse que en la ciudad y sus cercanías hay más de 10.000 *sportmen* que poseen escopetas. En Michigan se cuentan hasta 50.000.—J. A. LLITERAS.

(Del Sport de la Habana.)

IMPORTANTE

Estando para agotarse la edición del ALMANAQUE DE CAZA de EL CAMPO, rogamos á los señores suscritores, librerías y correspondientes que no han terminado aún sus pedidos, se sirvan hacerlo á la mayor brevedad, pues de lo contrario nos veremos obligados á disponer de los ejemplares que tienen apartados en obsequio de las muchas personas que desean poseer dicho ALMANAQUE.

También está para agotarse la colección de EL CAMPO, correspondiente á 1887.

EL ADMINISTRADOR.

EL CAMPO

REVISTA DE SPORT

AGRICULTURA, JARDINERÍA, CAZA Y PESCA

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20	pesetas.
Seis meses.....	11	»
Tres.....	6	»
EN EL EXTRANJERO.		
Año.....	25	francos.
Seis meses....	14	»
Tres.....	8	»
EN AMÉRICA, PAGO EN ORO		
Año.....	6	pesos fuertes
Seis meses....	3,50	»
Tres.....	2	»

OFICINAS:

Calle Mayor, 78, entresuelo.

ENTRAINEUR

El inteligente **J. Attias**, que ha estado durante tanto tiempo al cargo de la excelente cuadra del Conde de Sobral, se instalará en breve en Aranjuez como *entraineur public*. Es una buena noticia para los aficionados que deseen preparar caballos de carrera.

Se reciben los avisos en Madrid, calle del Prado, 27, entresuelo derecha.

Establecimiento Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra»,
IMPRESORES DE LA REAL CASA,
Paseo de San Vicente, 20.

Ticor del Abadía de Chélème

Fabricado con aguardiente de Coñac es el mejor y más digestivo de las licoreas de mesa.

Pidase en los mejores cafes y ultramarinos vinos y licores.



HOOPER & C.

FABRICANTES DE CARRUAJES

S. M. LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA

S. A. R. EL PRÍNCIPE DE GALES

S. M. EL EMPERADOR DE ALEMANIA

S. A. I. EL PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA, &c. &c. &c.

VICTORIA STREET.—LONDRES.

PRESENTADA POR EL SR. D. JOSÉ DE LA SIERRA
AGENTE GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL

GUTIÉRREZ

26, DESENGAÑO, 26

Muebles de ebanistería y tapicería. Casa especial en sillerías y gabinetes. Exportación á provincias.

INCUBADORAS ARTIFICIALES

Y CUANTOS UTENSILLOS REQUIERE LA CRÍA DE LAS AVES DE CORRAL

Venta y exposición de gallinas extranjeras. Huevos fecundados para empollar de las más notables razas **Conchinchina, Houdan, Flèche, Brahma, Castellana, Andaluza**, etc.

Incubadoras de 30 huevos, á 30 pesetas

EXPORTACION Á PROVINCIAS

CASA DARDER

Jaime I, 11.—Barcelona

Redacción y Administración de EL NATURALISTA, periódico ilustrado de Avicultura. (Precio de suscripción á dicho periódico, 6 pesetas al año.)

CANDIDO DE ALBERDI

FABRICANTE DE ARMAS
EIBAR (GUIPÚZCOA)

premiado con medalla de oro en la Exposición de Matanzas (Isla de Cuba) por sus escopetas de caza.

Se construyen toda clase y sistemas de escopetas, carabinas, pistolas y revólvers. Escopetas centrales de dos cañones, superiores, izquierdo *Choke-Bored*, de doble y triple cierre automático, llaves delanteras adherentes, con gatillos de resalto y del sistema que se indique, á precios convencionales. Se emplea acero en todas las piezas de ajuste y adherencia.

Pidanse catálogos y detalles.

SANTOS

Capellanes, 7, Madrid.

UNICO DEPOSITO

PARA LA

VENTA DE VELOCÍPEDOS

Representante de las mejores fábricas extranjeras.

Biciclos y triciclos de todas clases, tamaños y precios.



TRICICLO
AUTOMÁTICO, Nº 8

Perfumeria-Oriza

PARIS, rue Saint-Honoré, 207 **L. LEGRAND** Proveedor de la Corte de Rusia

PERFUMES SOLIDIFICADOS DE LAS ESENCIAS-ORIZA

Bajo las formas de Lápidos-Perfumes

INVENCIÓN PRIVILEGIADA EN FRANCIA Y EN EL EXTRANJERO

Los Perfumes de la Esencia-Oriza, preparados por un nuevo procedimiento para reducirlos á un estado enteramente sólido, ó mas bien, sólido, han adquirido, por ello, un grado de concentración desconocido hasta ahora.

Tienen la inmensa ventaja de impregnar con sus olores los objetos sometidos á su contacto sin mojarlos ni deteriorarlos

Dispuestos bajo las formas de Lápidos, metidos en frasquitos y en estuches de todas clases, pueden ser llevados muy fácilmente, sin que se evaporen y se los puede reemplazar por otros cuando estén usados.

Basta llevarlos para perfumar INSTANTÁNEAMENTE

EL CUTIS LA BARBA PAÑUELO ENCAJES LAS TELAS GUANTES FLORES ARTIFICIALES

y todos los Objetos de Lencería y de Papel, etc., etc.

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES CASAS DE PERFUMERÍA.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA**LINEA DE LAS ANTILLAS**

CON SERVICIOS Y EXTENSIÓN Á

NEW-YORK Y VERACRUZ

Tres salidas mensuales con las escalas y extensiones siguientes:

El 10, de Cádiz, con escala en las Palmas, y haciendo antes la de Barcelona el 5, y eventual la de Málaga el 7.

El 20, de Santander, con escala en la Coruña el 21, y haciendo antes la de Liverpool el 8 y las del Havre el 14.

El 30, de Cádiz, haciendo antes escala en Barcelona el 25, y eventual en Málaga el 27, con extensión á los litorales de Puerto Rico y Cuba, Centro América y Puertos del Pacífico y Estados Unidos de América.

LINEA DE FILIPINAS

CON ESCALAS EN

PORT-SAID, ADEN, COLOMBO Y SINGAPOORE

SERVICIO Á

ILO-ILO Y CEBÚ

Trece viajes anuales, partiendo de LIVERPOOL, con escalas en

CORUÑA, VIGO, CÁDIZ, CARTAGENA, VALENCIA Y BARCELONA

de donde saldrán cada cuatro viernes, á partir del 29 de Julio de 1887.

De MANILA saldrán cada cuatro lunes, á partir del 25 de Julio.

Líneas del Río de la Plata, costa occidental de Africa y Marruecos

Estos nuevos servicios se plantearán en Diciembre de 1887.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes en **Barcelona**: La Compañía Trasatlántica, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—**Cádiz**: Delegación de la Compañía Trasatlántica.—**Madrid**: D. Julian Moreno, Alcalá.—**Liverpool**: Sres. Larrinaga y C.^{ta}—**Santander**: Angel B. Perez y C.^{ta}—**Coruña**: D. E. da Guarda.—**Vigo**: Antonio López de Neira.—**Cartagena**: Bosch hermanos.—**Valencia**: Dart y C.^{ta}—**Manila**: Sr. Administrador general de la Compañía General de Tabacos.

1^{re} Médaille d'Or
EXPOSITION 1867

BELVALLETTE FRÈRES

HORS CONCOURS
Membre du Jury
EXPOSITION 1878

Fabricantes de Carruajes

24, CHAMPS-ÉLYSÉES, PARIS

Las mas altas Recompensas
ACORDADAS Á ESTA INDUSTRIA
en todas las Esposiciones de
LONDRES y de PARIS

PROVEEDORES DE

SS. MM. la Reina Maria Cristina de España

EL REY DE LOS PAISES-BAJOS

EL REY DE GRECIA, EL REY DE WURTEMBERG

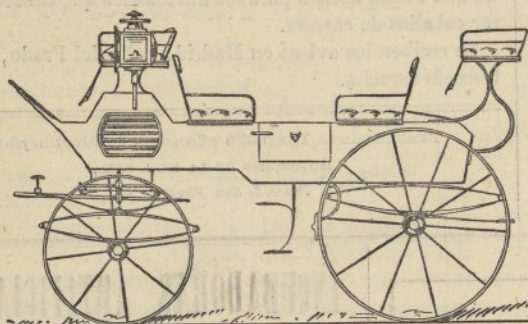
EL SULTAN Y EL VIZ-REY DE EGYPTO

Se envia franco el Catálogo ilustrado

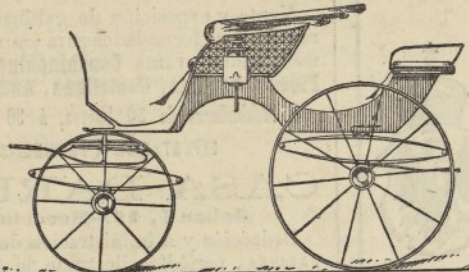
LA CASA SE ENCARGA

del Embalage y Transporte

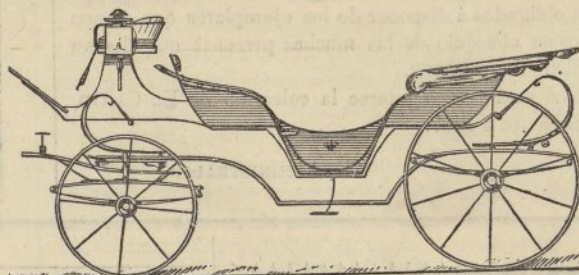
DE LOS COCHES PARA ESPAÑA



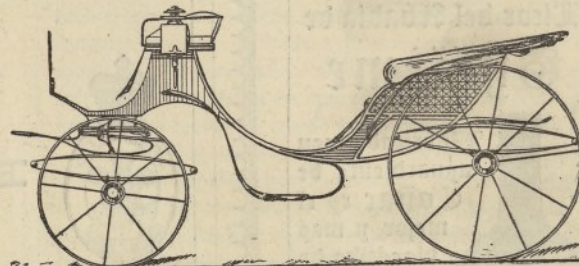
BREACK PARA 4 CABALLOS, N° 56 B



PONEY CHAISE, N° 45 D



VIS A VIS CON OCHO MUELLES, N° 72 E



VICTORIA, N° 1 G

Compañía de los ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y á Alicante.

SERVICIO DE TRENES.

Línea de Madrid á Alicante.

ESTACIONES.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.	CORREO.
Madrid..... salida...	M.	T.	N.	M.	T.
Alcazar... llegada...	7.15	4.30	7.45	11.15	7.45
Chinchilla... llegada...	12.28		12.45	3.31	12.08
La Encina... llegada...	T.		5.17	9.51	
Alicante... llegada...			7.51	1.11	
			10.00	5.20	
			M.	M.	

Línea de Cartagena.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
Madrid..... salida...	M.	N.	
Chinchilla... llegada...	10.00	8.15	
Murcia... llegada...	9.51	5.17	
Cartagena... llegada...	5.30	10.37	
			6.45
	8.55	12.55	10.00
	M.	T.	N.

Línea de Zaragoza.

ESTACIONES.	MIXTO.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
Madrid..... salida...	M.	M.	N.	T.
Guadalajara... llegada...	7.05	11.00	7.30	4.35
Calatayud... llegada...	9.06	1.05	9.10	6.40
Sigüenza... llegada...	9.16		9.15	T.
Alhama... llegada...	12.26		11.37	
Calatayud... llegada...	3.40		2.07	
Zaragoza... llegada...	4.40		2.59	
	8.20		6.05	
	N.		M.	

Línea de Sevilla á Madrid.

ESTACIONES.	MIXTO.	EXPRES.	CORREO.
Madrid..... salida...	M.	T.	T.
Alcazar... llegada...	7.00	6.20	7.35
Sevilla... llegada...	12.28	9.40	12.05
	12.48	10.10	12.36
	7.15	9.20	2.20
	M.	M.	T.

Línea de Sevilla á Huelva.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.
Huelva..... salida...	T.	M.
Sevilla... llegada...	3.90	5.15
Madrid... llegada...	N.	
	8.54	9.40
	9.20	10.05
	5.35	6.00
	T.	M.

CHARLES LANCASTER

AWARDED 17 FIRST-CLASS PRIZES AND MEDALS

Estimates and Price-lists of

GUNS, RIFLES, PISTOLS, CARTRIDGES, &c.,

free on application

PLEASE STATE REQUIREMENTS

151 NEW BOND STREET,

London, W. Established 1826.

ATOCHA, 25, PRAL.

CORTIJO.

ATOCHA, 25, PRAL.

SASTRE.

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE CAZA Y CAMPO

VARIADO Y ESPECIAL SURTIDO

EN

Panas, Driles, Gamuza y Becerro anteaño

PARA LA ROPA CITADA.

Se hacen trajes á precios económicos para
guardas de campo.

GRAN SURTIDO EN LEGUIS Y POLAINAS DE DRIL
Y LONA IMPERMEABLE.

25, Atocha, 25, principal.

MADRID.



LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiherpética, antiescrofulosa, antisifilítica y reconstituyente

Es la única agua que produce los saludables resultados que todos conocen, pues su uso general y constante durante treinta y tres años así lo demuestra.

No confundir la botella de LA MARGARITA con la de otra agua que la ha imitado para que el público la confunda con aquella.

En competencia LA MARGARITA con todas las similares ó que pretenden producir iguales y aun mejores resultados, fué declarada la primera en la Exposición internacional de Niza, obteniendo la primera distinción, ó sea el

UNICO GRAN DIPLOMA DE HONOR

concedido á las de su clase, cuya distinción no ha conseguido otra alguna antes ni después.

Del minucioso análisis practicado durante seis meses por el reputado químico doctor D. Manuel Sáenz Díez, acudiendo á los copiosos manantiales que nuevas obras han hecho aún más abundantes, resulta que LA MARGARITA DE LOECHES es entre todas las conocidas y que se anuncian al público, la más rica en sulfato sódico y magnésico, que son los más poderosos purgantes, y la única que contengan carbonato ferroso y manganeso, agentes medicinales de gran valor como reconstituyentes. Tienen las aguas de LA MARGARITA doble cantidad de gas carbónico que las que pretenden ser similares, y es tal la proporción y combinación en que se hallan todos sus componentes, que las constituyen en un específico irremplazable para las enfermedades herpéticas, escrofulosas y de la matriz, sífilis inveteradas, bazo, estómago, mesenterio, llagas, toses rebeldes y demás que expresa la etiqueta de las botellas que se expenden en todas las farmacias y droguerías, y en el Depósito central, Jardines, 15, bajo derecha, donde se dan datos y explicaciones.

En un año se han vendido más de DOS millones de purgas.

ALBERTO AHLES

15, Paseo de la Aduana.—Barcelona.

ESPECIALIDAD EN

Bombas para jardines, riego, incendios y tra siego. Prensas y filtros para Vinos, Alambiques, etc. Toda clase de artículos para Bodegas y Botillerías. Arados, Aventadoras, Corta-pajas, Corta-raíces, Quebrantadores de granos, Desgranadoras de maíz, Segadoras, Guadañadoras, Trilladoras, etc., etc.

Catálogos gratis y franco.

